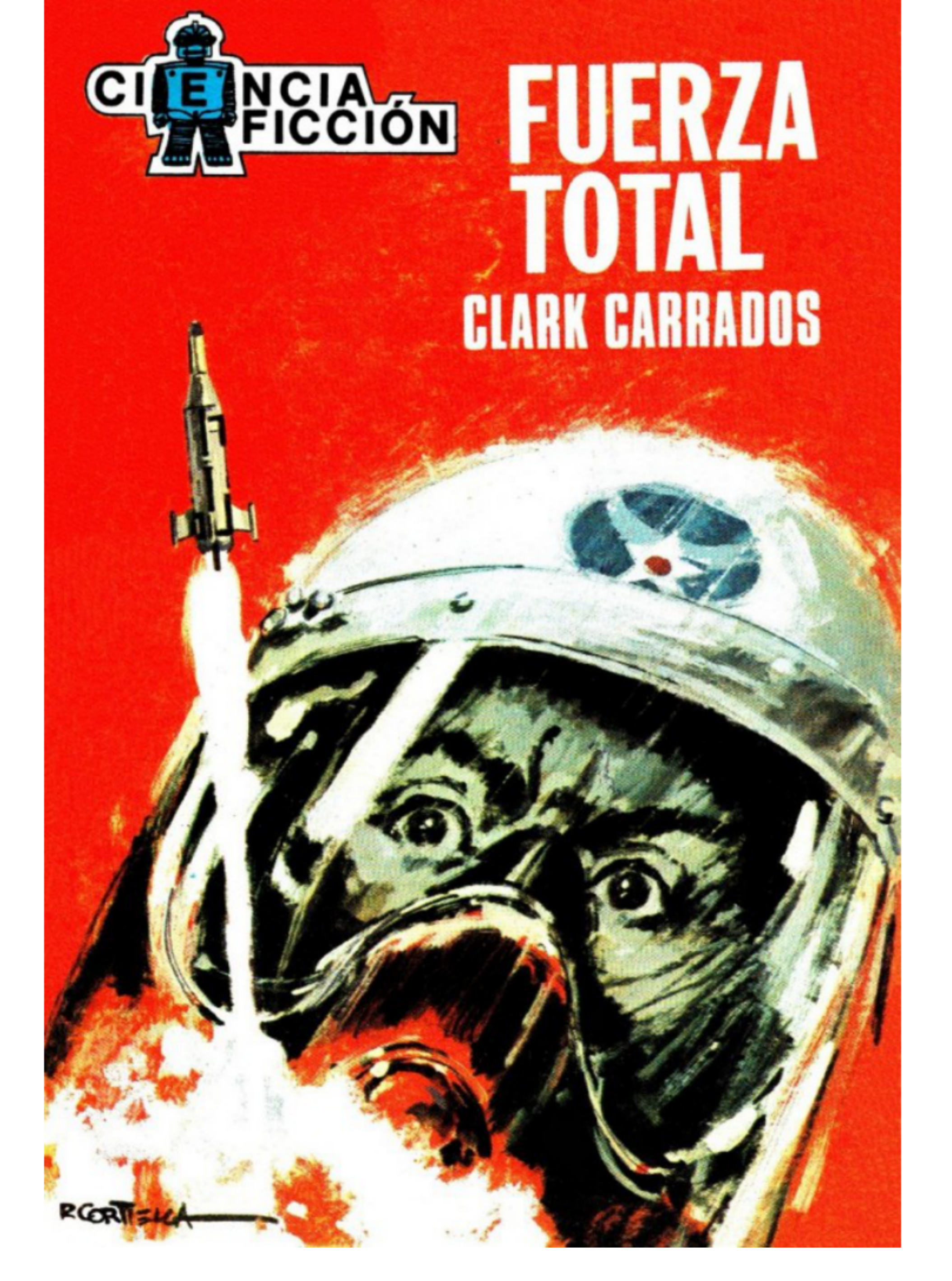

CIENCIA FICCIÓN
FUERZA TOTAL
CLARK CARRADOS
R CORTIELLA

CLARK CARRADOS

FUERZA TOTAL

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
Barcelona Buenos Aires

Dep. Legal: B.37.771 - 1969

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO I

El hombre corría desesperadamente, como si le persiguiesen cien legiones de diablos. De cuando en cuando, volvía la cabeza hacia atrás y después de este gesto y a pesar de que tenía los pulmones a punto de reventar, aceleraba todavía más la velocidad de su frenética carrera.

Atravesó un seto y atropelló una serie de macizos de flores, pisoteándolos sin compasión. Chick Fallass sabía que corría con la muerte a los talones.

De pronto, divisó a lo lejos las luces de una casa, cuya vista le hizo lanzar una exclamación de alivio.

Si conseguía llegar a la casa, estaba salvado, pensó.

De pronto, oyó voces muy cerca de él.

—Vamos, ya lo tenemos.

—No le dejéis escapar, muchachos.

Fallass divisó un árbol de grueso tronco y se detuvo inmediatamente detrás del mismo. Crispó las manos rabiosamente.

Estaba desarmado. Sus perseguidores llevaban, por lo menos, pistolas radiantes.

De pronto, oyó pasos cautelosos a cortísima distancia.

—Sepárense —dijo alguien—. Tiene que estar por aquí cerca.

La oscuridad favorecía la ocultación del fugitivo. Fallass respiraba muy suavemente, a fin de no delatar su posición con el menor sonido.

Un hombre se detuvo de pronto a dos pasos de él. Alargaba la cabeza para escudriñar en las tinieblas.

Un poderoso brazo ciñó de pronto su cuello. El hombre se debatió con fuerza. Fallass no era precisamente un tipo enclenque.

Apretó, apretó, apretó… Los movimientos del individuo fueron haciéndose más débiles hasta que cesaron del todo.

Entonces, con gran delicadeza, lo depositó en el suelo y se apoderó de su pistola radiante. Hecho esto, volvió al árbol.

Esperó unos momentos. Alguien llamó a media voz:

—Ey, Buck, ¿dónde estás?

—Aquí —contestó Fallass con un gruñido.

Un hombre corrió hacia el árbol. La pistola de Fallass vomitó de repente un tremendo fogonazo de indescriptible blancura.

El individuo se detuvo en seco, convertido en una estatua de luz. El resplandor duró escasamente un par de segundos.

Cuando volvió la oscuridad, el hombre había desaparecido.

Entonces, libre el paso, Fallass se lanzó a la carrera en dirección a la casa de la colina.

* * *

Yo estaba disfrutando de la temperatura, en la veranda de mi residencia campestre, cuando vi a lo lejos un vivísimo resplandor de corta duración. La experiencia me hizo saber en el acto de qué se trataba.

Soy hombre curtido y me imaginé que alguien había empleado una pistola radiante. Los motivos podían interesarme, ciertamente, pero no sentía el menor deseo de que alguien me transformase en un ascua de luz.

Al alcance de mi mano tenía un sencillo aparatito con el cual podía accionar diversos conmutadores, desde el que ponía en funcionamiento un robot-sirviente al que encendía la cocina.

El emisor de ondas también ponía en marcha otro conmutador: el de la barrera de energía protectora. Si alguien quería entrar sin mi permiso, se llevaría una buena sorpresa.

«Llamé» al robot-sirviente y le pedí unas gafas de rayos infrarrojos para ver en la oscuridad. Según mis apreciaciones, el destello había tenido lugar a unos dos mil metros de distancia.

Los infrarrojos barrieron las tinieblas delante de mí. No tardé en divisar a un hombre que corría velozmente hacia la casa.

A los pocos segundos, conseguí reconocerle.

—¡Chick Fallass! —exclamé, atónito.

Lo conocía desde hacía años. No podía equivocarme.

Una vez estuve seguro de su identidad, quité la barrera de energía. Fallass entró bien pronto en el jardín de mi casa.

Restablecí la barrera como medida de precaución. Dejé las gafas a un lado y me puse en pie.

—Hola, Chick —saludé.

—¡Almirante! —dijo el recién llegado, sin poder contenerse—. ¿Me esperaba?

Sonreí:

—Esperaba problemas desde el momento en que vi el resplandor de una descarga radiante. ¿Qué le sucede, muchacho?

Fallass se pasó la mano por los labios.

—Estoy agotado, señor. Vienen persiguiéndome desde hace rato…

—Aquí estará en seguridad —dije—. Siéntese; haré que le traigan algo de beber. Mi esposa está ausente por el momento, pero eso no tiene importancia.

El robot, obediente y silencioso, trajo una botella y dos vasos. Fallass bebió ávidamente el primer trago.

Luego me dirigió una penetrante mirada.

—Almirante, ¿sabe que yo estoy en la Tierra contraviniendo órdenes?

Hice un ligero gesto de asombro.

—Usted es F-40 —dije—. Si mi memoria no me es infiel, tenía que hallarse ahora a unos cuatrocientos millones de kilómetros del planeta, investigando el transporte de determinadas piezas de alta precisión, que fueron sacadas de la Tierra sin permiso legal. No interesaban tanto las piezas, como su destino, ¿no es cierto?

—En efecto, almirante; y he logrado averiguar donde están esas piezas y para qué se van a emplear. He logrado averiguar muchas cosas más, entre ellas… ¿Ha oído usted mencionar el CR-400?

Hurgué en mis recuerdos.

—Un asteroide, creo —dije.

—Sí, señor. Le daré algunos datos sobre el CR-400. Eje mayor, cuatrocientos treinta y cuatro kilómetros. Eje menor, trescientos ochenta y siete.

—Es casi esférico, Chick.

—Así podría calificarse, señor. El apogeo de su órbita respecto al sol está a dos mil cien millones de kilómetros en tanto que el perigeo alcanza solamente a unos quinientos cincuenta.

—Eso significa que en ocasiones está solamente a cuatrocientos millones de kilómetros de la Tierra.

—Sí, almirante. Ahora, dígame, ¿ha oído hablar alguna vez del profesor Maledon?

—Un científico notable, creo.

—Posee una inteligencia privilegiada. Sólo le diré que las piezas de contrabando, por así llamarlas, están ya montadas en una gigantesca máquina de fuerza total que tiene en el CR-400.

Hice un instintivo gesto de asombro.

—¿Y para qué diablos quiere Maledon allí un generador total? —pregunté.

—Muy sencillo, almirante: piensa arrancar al asteroide de su órbita y traerlo a las inmediaciones del planeta. El resto, bien, no he conseguido averiguarlo del todo… pero tengo una vaga idea acerca de un eclipse de sol artificial.

Me sentí aterrado al oír aquellas palabras.

Por razón de mi profesión he visto y oído muchas cosas. Aquello superaba a todo.

—Un eclipse de sol artificial —repetí.

—Así es, señor; y si consigue sus propósitos, vastas regiones del globo podrían quedar en noche permanente, con las consecuencias que son fáciles de prever —declaró mi agente dramáticamente.

Tomé una copa. Yo también estaba necesitando un buen trago después de lo que acababa de escuchar.

—Podría destruirse el asteroide con un torpedo bien dirigido…

—¿Una masa de casi cincuenta y cinco millones de kilómetros cúbicos, almirante?

—Es verdad —asentí— Lo había olvidado.

—Son más de trescientos mil billones de toneladas de peso.

—Kilo más o menos, Chick —dije con retintín.

—Sí, almirante, un kilo más o menos no importa.

—¡Pero Maledon no podrá arrancar al asteroide de su inercia! —exclamé.

—A estas horas, ya lo ha conseguido, señor.

—¿Tan grande es el generador?

—Escapa a toda descripción, almirante.

—Pero necesita combustible…

—Lo obtiene del propio CR-400.

—Sí, es cierto, se trata de un generador másico. Cualquier materia basta —murmuré—. La convierte en calor…

—Y en gases que salen por toberas que miden más de cien metros y con una potencia de varios miles de kilotoneladas cada una.

—¿Muchas toberas?

—Veinte, señor.

—Millones de kilotoneladas de empuje, señor.

—Tendrá allí muchos ayudantes —sugerí.

—Para ser exactos, un batallón, almirante… bueno, me refiero al número de los que están en el asteroide.

—¿Qué les ha prometido como recompensa?

—De momento, un magnífico sueldo. Después, no lo sé… pero hay alguien que ha persuadido a todos para que colaboren con Maledon.

—¿Quién es, Chick?

—Una mujer. Un demonio, con cara de ángel y cuerpo de diosa.

—Su nombre, Chick —exigí.

—Tarq…

Algo interrumpió a mi agente.

Un chispazo a cuarenta metros de distancia.

Los dos volvimos la cabeza al mismo tiempo. Delante de nosotros, en el lugar donde se había producido el fogonazo, un hombre ardía como una antorcha de la cabeza a los pies.

—Son ellos otra vez, ellos —dijo Fallass, presa de un vivo terror.

CAPÍTULO II

Me puse en pie y entré en la casa un instante, para salir casi en seguida.

—Tranquilo, Chick, tranquilo; estando aquí, detrás de la barrera, no podrán…

Algo nos sacudió a los dos, derribándonos por tierra. Brilló un tremendo fogonazo y sonó un seco estallido que nos ensordeció momentáneamente.

La barrera había saltado, merced a una descarga eléctrica de signo idéntico y superior voltaje. Los aparatos que producían la barrera se quemaron instantáneamente.

Un segundo después, otra luz brilló, ahora en las alturas, a unos treinta metros del suelo.

A mi lado, Fallass se convirtió en una estatua de luz deslumbrante. Al apagarse el resplandor, Fallas había desaparecido.

Yo rodé por el suelo un par de veces, esquivando por centímetros una furiosa descarga radiante que llegó de lo alto. Luego me quedé quieto una fracción de segundo.

Había encima de la casa un silencioso aeromóvil, impulsado por motores antigravitatorios. Seguramente, sus tripulantes usaban visores infrarrojos.

En la mano derecha tenía el objeto que había sacado de la casa apenas vi que un intruso se quemaba en la barrera de energía. Era una pistola de estilo antiguo, pero con proyectiles modernos.

El calibre era de catorce milímetros. Cada bala era, en realidad, una micro granada paranuclear.

Paranuclear significa semejante a nuclear, aunque no idéntico. Solamente se parece en los efectos, aunque el origen sea distinto.

Apreté el gatillo. El proyectil llegó a su destino y explotó con inenarrables efectos. Una granada de la marina, de 152 mm. de calibre, hubiera sido, en tiempos antiguos, mucho menos potente que aquel proyectil nuclear.

El aeromóvil se desintegró en el acto, en medio de una lluvia de restos llameantes que se esparcieron por todas partes. Sus tripulantes habían, muerto, pero ello no devolvería la vida al agente F-40.

* * *

Al día siguiente, en mi despacho del S.I.E. (Servicio de Información Espacial), hablé con mi segundo en el mando.

—Quiero varias cosas, Gus —le dije—. En primer lugar todos los informes que pueda del asteroide CR-400.

—Sí, señor. ¿Algo más?

—Segundo, informes sobre Karl Maledon. Exhaustivos, Gus.

—Los tendrá, almirante.

—Con Maledon hay una mujer muy hermosa. No sé quien es; su nombre empieza por Tarq… Trate de averiguar el resto.

—Lo intentaré, señor.

—Cuarto, un agente disponible, listo para jugarse el físico. ¿Conocía usted a Chick Fallass, Gus?

Gustavo Mina, mi segundo, pegó un respingo.

—¿Qué le ha pasado a Chick, almirante?

Hice un gesto de pesar.

—Ha muerto —contesté.

—Pero no tenía por qué estar en la Tierra…

—Ya lo sé. Usted lo envió a averiguar qué iba a ser de ciertas piezas salidas ilegalmente del planeta.

—Sí, señor.

—Fallass lo averiguó, me lo dijo… y murió. Y si me descuido, usted se queda también sin su jefe, Gus.

Mina estaba atónito.

—Nunca creí que la misión resultase tan arriesgada —declaró.

—Por eso le he dicho que el agente que se designe ha de estar dispuesto a dejarse el pellejo en la empresa —contesté—. Si no es así… mucho me temo que esta región de la Tierra se quede sumida en una noche eterna.

—Le aseguro que no salgo de mi asombro, señor —manifestó mi segundo—. ¿Puede explicarme de qué se trata?

—Desde luego, Gus.

Estuve hablando largo rato. Al terminar, Mina hizo un gesto de pesar.

—Resultará difícil, señor… pero si alguien puede conseguirlo, ese es el agente N-401.

—No se hable más, Gus. Búsquelo dondequiera que esté y tráigalo inmediatamente a mi despacho.

Mina lanzó una sonrisa maliciosa.

—Oh, almirante. Buscar a una persona es fácil. Lo difícil es dar con ella.

—¿Quiere decir que no sabe dónde está N-401? —pregunté.

Mina continuaba sonriendo de aquella forma tan extraña.

—Lo intentaré, señor —respondió—. Mientras tanto, me ocuparé de recopilar los informes que me ha pedido.

—Gus, por lo que acabo de escuchar —dije—, deduzco que M-401 está de vacaciones o algo por el estilo.

—Sí, señor.

—Si cree que es el hombre adecuado, tráigalo aquí aunque sea encadenado.

—Descuide, almirante; Stan Ocky vendrá muy pronto a su despacho.

* * *

Stanley Morton Ocky se hallaba en aquellos momentos gratamente ocupado en comprobar con sus labios la tersura de la piel del cuello de una hermosa rubia, de formas opulentas y cerebro de mosquito.

—¿Por qué me besas ahí, Stan? —preguntó la rubia.

—Es que me siento el Lobo Feroz viendo a Blancanieves llevarle a su abuela la cestita con la merienda… Tú eres Blancanieves, claro…

—Pero, Stan, la chica del Lobo Feroz era Caperucita Roja…

—La Caperucita que yo digo está verde y podría resultarme indigesta, nena.

—Me haces cosquillas, besándome ahí, Stan.

Ocky se daba a todos los diablos interiormente.

Pero, ¡era tan hermosa!

—Te morderé la orejita —anunció.

—No me gusta, Stan.

Pero a Ocky sí le gustaba el perfumado lóbulo izquierdo de la rubia. De repente, ella dijo:

—Tengo hambre, Stan.

Ocky contuvo una maldición.

«Hablar de comida en aquel momento tan interesante», masculló para sus adentros.

—Luego iremos a un restaurante, querida —dijo.

—Mi frigorífico está lleno, Stan. Hay latas de pollo…

De repente, llamaron a la puerta.

Ocky se irguió en el asiento.

—Oye, nena, no estarás casada, ¿verdad?

—No, pero me caso la semana que viene… Será mi prometido —dijo ella con ojos de susto.

—Anda, abre —rezongó él—. Tu prometido puede estar tranquilo. Aquí no ha ocurrido nada.

Y entre dientes, mientras ella se dirigía hacia la puerta, añadió:

—Ni podría ocurrir con semejante estúpida, claro.

Ella abrió la puerta. Ocky vio a dos hombres en la entrada.

—¿Qué desean ustedes? —preguntó la rubia.

—Stan —llamó uno de los individuos—, te llaman.

—¿Quién? —preguntó Ocky desde el diván.

—El jefe.

Ocky se puso en pie de un salto. Agarró su chaqueta y gritó:

—¡Salvado, estoy salvado! ¡Viva!

Y echó a correr hacia la puerta.

Ella le miraba con expresión compungida.

—¿Te vas? Iba a abrir una lata de cangrejos del Volga…

—¡Al diablo con los cangrejos del Volga! —barbotó Ocky—. Vámonos, muchachos.

Los tres hombres se dirigieron hacia el ascensor.

—Vamos, vamos, no presumas delante de nosotros —dijo uno de los agente del S.I.E.—. La rubia estaba como para parar una astronave.

—Es tonta de remate —masculló Ocky—. Nunca me han gustado las interrupciones en determinados momentos, pero esta vez me considero salvado de una horrible suerte.

—Exageras, Stan —rió el otro agente—. Si no estuviera de servicio, me quedaría con la rubia… a comer los cangrejos del Volga.

—Cómprate una lata y cómetela a solas. Sentirás lo mismo que si estuvieses con esa mole de carne que…

De repente, Ocky se detuvo ante la puerta del ascensor.

—Un momento, muchachos —dijo—. Si mal no recuerdo, yo estoy de vacaciones. ¿Sabéis lo que significa eso?

La puerta del ascensor se abrió en aquel momento.

Stan Ocky era alto y robusto. Sus compañeros eran aún más altos y robustos.

Mina los había elegido especialmente para la operación. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que le sucedía, Ocky se sintió levantado en peso por dos poderosos brazos.

—«Estabas» de vacaciones, chico —dijo malévolamente uno de sus compañeros del S.I.E.

* * *

—Y eso es todo —dije, cuando hube terminado mi relato—. Ahora, Ocky, N-401, de usted depende aceptar o no la misión.

Ocky se encogió de hombros y sonrió.

—¿Qué otra cosa puedo hacer, almirante? —contestó.

—No quiero falsa resignación —gruñí—. Gus me ha recomendado especialmente a usted. O acepta o no acepta, pero en el primer caso ha de ser sin… «qué remedio me queda», ¿estamos?

—Sí, señor. Acepto voluntariamente.

—Por supuesto, el S.I.E. le facilitará todos los medios necesarios y usted, además, elegirá su propio equipo y propondrá cuanto precise para la misión. No se le regateará nada, Ocky; pero, ya sabe, se le exigirán resultados.

—Lo sé, señor; y le prometo hacer cuanto esté en mi mano para cumplimentar la misión satisfactoriamente.

—Creo que lo conseguirá, Ocky —dije—. Una advertencia: son implacables. Recuerde lo que le pasó al pobre Chick Fallass.

—No lo olvidaré, almirante…

Mi segundo entró en el despacho con un puñado de papeles en las manos.

—Los informes sobre Maledon —anunció, dejando un grupo de hojas sobre la mesa—. Los informes sobre el CR-400… y, por último, los informes sobre el ángel malo de Maledon.

Lancé una exclamación de alegría.

—¿Ha conseguido averiguar quién es, Gus? —pregunté.

—Sí, señor. Su nombre completo es Tarquinia Kollimer.

CAPÍTULO III

Parpadeé de asombro.

—Tarquinia Kollimer —repetí.

Ocky silbó.

—¿Qué tiene que ver esa prójima con este asunto? —preguntó.

Me volví hacia N-401.

—¿La conoce usted?

Ocky emitió una sonrisa ladina.

—Tarquinia y yo sostuvimos un tórrido romance en tiempos —contestó—. Incluso pidió mi mano.

—¡Qué desfachatez! —me escandalicé.

—¿Por qué no aceptó, Stan? —preguntó Mina.

—Demasiados millones —Stan hizo una mueca—. Tarquinia rebosaba dinero por todas partes. Un poco, que permita tranquilidad económica, está bien; pero aquello era una exageración. Figúrense, tenía criados de carne y hueso en lugar de robots…

Yo chasqueé los dedos.

—Entonces, es ella la que ha financiado los trabajos de Maledon —exclamé.

—Seguro —dijo Ocky—. Siempre fue un poco chiflada… aunque, la verdad, no sé qué beneficio va a obtener de todo este jaleo.

—A usted le corresponde averiguarlo, Ocky —dije.

—Un momento, almirante.

Ocky y yo volvimos los ojos hacia Mina.

—¿Qué sucede, Gus? —pregunté.

—Tarquinia conoce a Ocky. Por tanto, nuestro plan de infiltrar un agente en el CR-400 está condenado al fracaso de antemano.

Me acaricié la mandíbula.

—¿Alguna solución al problema, Ocky? —murmuré.

—Sólo hay una, señor —contestó N-401.

—Diga, Ocky.

—Cambiarme la cara.

Miré a Mina. El segundo hizo un gesto afirmativo.

—¿Cuánto tardarán los médicos en ponerle una cara nueva? —quise saber.

—Estará listo dentro de una semana —aseguró Mina.

—Ocky, ¿listo para el quirófano?

—Sí, almirante —contestó N-401 sin vacilar.

En aquel momento sonó el interfono.

Abrí el interruptor. Alguien dijo:

—Almirante, el capitán Shenn tiene una noticia muy importante. Dice que es urgente.

—Bien, que pase en el acto.

Shenn era el jefe del equipo de expertos que habían examinado los restos del aeromóvil que había destruido mi barrera de energía. Instantes más tarde, entraba en mi despacho, con un paquete en las manos.

—Almirante —saludó—. Hola, Gus. ¿Qué tal Ocky?

—Hable, capitán —invité—. ¿Qué sucede?

—Señor —informó Shenn—, hemos recogido algo muy interesante. En primer lugar, diré que hemos hallado, entre los restos del aeromóvil destruido, fragmentos de una radio subespacial.

Ocky silbó suavemente.

—Eso está prohibido a cotas subatmosféricas —dijo.

—Las prohibiciones se hicieron para ser violadas —sonrió Shenn—. Pero ahora conviene que vean esto.

Desenvolvió el paquete. Era un rollito de hilo magnetofónico.

Shenn continuó:

—En el momento del impacto, alguien transmitía un mensaje por la radio subespacial. Debía de tener una grabadora en la mano. Al producirse la explosión, la grabadora saltó en pedazos, pero el rollo quedó intacto. ¿Quieren escuchar lo que grabó el piloto?

—Lo esperamos, capitán —dije.

Shenn había traído consigo un magnetofón portátil. Puso el rollo, que no medía más de tres centímetros de largo, y dio al interruptor.

Una voz brotó inmediatamente del aparato:

—Seguimos al fugitivo… Lo vemos perfectamente por infrarrojos… Ha inutilizado a Gray y a M’By… Se dirige hacia una casa situada en la ladera de una colina… Mi copiloto está consultando el plano topográfico de la comarca…

La voz hizo una pausa muy corta.

—Esa casa pertenece al almirante Markenson, jefe del S.I.E. ¿Qué hacemos?

Evidentemente, el piloto del aeromóvil hacía una consulta a un punto perdido en el espacio. La respuesta se demoró varios minutos, según pudimos deducir, pero no porque tardase el mensaje en viajar por el espacio, sino porque, quizá, su receptor tenía que consultar a su vez con alguien de rango superior.

Al fin, escuchamos la respuesta:

—Se les dio una orden. ¡Cúmplanla!

—Enterado. Continuamos informando… Schick va a pie… ¡Ahora arde! ¡Ha chocado con una barrera de energía! Nos disponemos a

destruirla con una descarga eléctrica del mismo signo y tensión superior… La barrera está destruida satisfactoriamente… Vemos al fugitivo a la perfección… Está hablando con Markenson… Disparamos contra él… La misión está cumplida… Disparamos también contra el almirante… Fallamos. Voy a disparar otra vez…

La voz dejó de hablar. Shenn paró la grabadora.

Durante unos segundos reinó un profundo silencio en la estancia. Luego fijé la vista en Ocky.

—¿Stan?

—Sí, almirante.

—¿Se da cuenta de lo que representa esa grabación?

—Sí, señor. El fulano grababa sus acciones como justificante, a la vez que transmitía por la radio subespacial.

—Exactamente. Y eso, también, significa que a estas horas saben en CR-400 que el S.I.E., está enterado de lo que traman.

—Sí, señor.

—Por todo lo cual, esperarán que el S.I.E., les envíe un agente para completar la investigación y le otorgarán una «calurosa» bienvenida.

—Es lo menos que se puede esperar, almirante —sonrió Ocky. Y se puso en pie—. ¿Cuál es el camino del quirófano? —preguntó a Gus Mina.

Mi segundo sonrió también.

—Venga por aquí, Stan —invitó.

Los dos hombres se marcharon y Shenn también. Yo me quedé solo.

Pensé en la misión de Ocky. Sería difícil y peligrosa.

Y podía morir.

En realidad, tenía tantas probabilidades de vivir como una mosca atrapada en la red de una araña.

Lo que sucedió después de aquella entrevista, se relata en las líneas que siguen.

* * *

Stan Ocky se miró al espejo y sonrió.

—Antes tenía el pelo castaño y los ojos pardos. Ahora soy rubio y tengo las pupilas azules. Tenía los pómulos salientes y me los han rebajado… No sé si me estoy mirando a un espejo o estoy contemplando la cara de algún buen amigo.

—Es su propia cara, señor Ocky —sonrió la enfermera que le atendía.

—¡Pse! No está mal. Dulzura, ¿tiene libre esta noche?

—Sí, por supuesto.

—Entonces, ¿cenamos juntos?

—Llega usted tarde —contestó la enfermera—. Mi marido me lo pidió antes que usted.

—Vaya con los tipos afortunados —rezongó N- 401—. ¿Mis ropas?

—Aquí están señor. En el bolsillo tiene los documentos precisos para enseñarlos en la salida.

—Gracias, guapa. Bese mucho a su maridito.

—Es un consejo que pienso seguir puntualmente —rió la enfermera, mientras Ocky cruzaba el umbral de la habitación en que había convalecido de la operación de cirugía plástica a que había sido sometido.

Mientras el ascensor le conducía a la planta baja, pensó en que, con su nueva cara, Tarquinia no sabría reconocerle. Lo difícil iba a ser penetrar en el asteroide.

Una hora después, llegó a su casa. Sobre una mesita divisó un sobre de color claro.

Dentro del sobre había una documentación completa a nombre de James Throgg.

—No está mal el nombre —dijo—. A partir de ahora, me llamaré Jimmy.

Guardó la documentación en la que, además, se acreditaba su grado de piloto astronáutico de tercera clase.

—¡Qué vergüenza! —se escandalizó—. ¡Sólo de tercera! ¿Por qué tan bajo?

Había además, una serie de hojas, con una completa historia de James Throgg. En la primera hoja, escrito con gruesos caracteres rojos, había una recomendación:

¡APRÉNDASELO DE MEMORIA!

Ocky dejó a un lado la blusa y se preparó un vaso alto. Luego agarró el paquete de hojas y empezó a aprenderse «su» historia.

* * *

Tarquinia Kollimer entró en la habitación donde estaba trabajando el profesor Maledon y se acercó en silencio a su mesa.

Era una mujer alta, esbelta, de pelo intensamente negro y ojos profundos y rasgados, con las pupilas del mismo color. El contraste entre sus labios rojos y la piel blanquísima formaba un conjunto de un

atractivo difícil de superar.

Tarquinia vestía de una forma exótica: pantalones ceñidos a las caderas y a las piernas, y un peto sostenido por unos delgados tirantes y que dejaba al descubierto enteramente hombros y espalda hasta la cintura. El escote era una V que llegaba al cinturón dorado que se enroscaba en su talle, único adorno de su indumentaria.

Maledon no se había dado cuenta de la presencia de Tarquinia en su despacho. Ella se le acercó y puso ambas manos sobre sus hombros.

—¿Eres tú, Tarquinia? —preguntó el científico, sin volver apenas la cabeza.

—Sí, Karl — contestó ella con voz susurrante—. ¿Qué haces?

—Cálculos, hermosa, siempre cálculos. No puedo permitirme el lujo de fallar, comprendes.

—Pero todo marcha bien, Karl. El asteroide ha sido arrancado de su órbita…

Maledon rió suavemente.

—Claro que sí, pero apenas hemos hecho más que empezar un viaje de más de cuatrocientos millones de kilómetros. En realidad, estamos sólo a unos centenares de kilómetros de la órbita primitiva. Nuestra aceleración es muy baja todavía, ¿comprendes?

—Pero constante.

—Sí, desde luego. Sin embargo, habrán de pasar muchos días antes de que podamos considerar resuelto el problema. Además…

—Además, ¿qué?

—Las correcciones habrán de ser constantes. Ten en cuenta que en cada segundo de tiempo se consumen cientos de toneladas de masa y, por tanto, el asteroide va pesando cada vez menos.

—Vamos, que CR-400 se devora a sí mismo.

—Una frase muy adecuada —sonrió Maledon—. De todas formas, el consumo será mínimo, comparado con la masa total. Una vez hayamos alcanzado la órbita definitiva, se pararán las máquinas y el asteroide se desplazará por inercia.

—Y luego, cuando entremos en la órbita terrestre, se iniciará la deceleración.

—Justamente. De nuevo se producirá un consumo de masa y luego ese consumo se estabilizará. No olvides que habremos de permanecer en el espacio, constantemente fijos en un mismo punto.

—Si, lo sé. Karl, me preocupa una cosa.

El científico se volvió y se puso en pie.

—¿De qué se trata, querida?

—El S.I.E. Están enterados de nuestros planes.

Maledon se echó a reír.

—Lo sé —contestó—. Y, ¿sabes lo que pasará? Enviarán a otro agente. Bueno, lo liquidaremos como hicimos con aquel traidor.

Tarquinia se estremeció.

—Hay cosas que no me gustan —dijo.

Maledon frunció el ceño.

—Cuando te propuse mi plan, me diste carta blanca —manifestó acremente—. Las cosas o se hacen bien o no se hacen.

—Sí, claro, pero… ¿era necesario matar a Fallass?

Los ojos de Maledon centellearon.

—¿Consentirás en un fracaso, ahora que estás a punto de conseguir la victoria? —preguntó:

Tarquinia guardó silencio.

Dudaba.

CAPÍTULO IV

Stanley Ocky contempló un instante la puerta que tenía ante sí y luego tocó el timbre.

Esperó unos instantes.

Se había «redisfrazado».

Sobre su nueva cara, había colocado un gran bigote y unas gafas de gruesa montura. Antes de iniciar la misión, había considerado oportuno realizar una pequeña investigación.

La puerta se abrió. Un hombre de unos cuarenta años, ligeramente calvo y de ojos saltones, le miró con curiosidad.

—Diga —habló con voz estridente.

—El ingeniero Hohne, supongo —habló Ocky.

—Sí. ¿Quién es usted?

Ocky dio su «tercer» nombre.

—Rymer, Frank Rymer —dijo—. Necesito hablar con usted, señor Hohne.

El ingeniero dudó un instante.

Al fin, se echó a un lado.

—Muy bien, pase —invitó.

Ocky cruzó la puerta. Con la vista recorrió rápidamente la decoración del departamento.

—Me gusta —dijo.

—¿Cómo? —preguntó Hohne.

N-401 se acercó a un cuadro colgado de la pared.

—Magnífico —murmuró a media voz—. Un Sánchez—Díaz auténtico, ¿no?

—Me gusta la buena pintura —dijo Hohne.

—Ya, ya veo —sonrió Ocky—. Pero los Sánchez—Díaz están por las nubes.

—Tuve una buena oportunidad, señor Rymer. Sin embargo, creo que no ha venido a hablarme de pintura.

—No, aunque sí del dinero que le costó este cuadro.

Hohne se quedó parado.

—Le aseguro que no entiendo…

Ocky le dirigió una dura mirada.

—Señor Hohne, usted tiene unos ingresos excelentes, pero ni aun con una buena oportunidad, ni con su sueldo de un año, podría usted adquirir un Sánchez-Díaz. ¿De dónde sacó el dinero para comprar el cuadro?

Hohne palideció.

—No creo que eso le importe mucho a usted, señor Rymer —contestó con acritud—. Y si no tiene nada más que decirme, ya puede irse de…

—Siento una terrible curiosidad por conocer la forma en que obtuvo el dinero para ese Sánchez-Díaz —insistió Ocky—. Alabo sus aficiones artísticas, pero no los procedimientos que emplea para satisfacerlas.

—Está bien. Puesto que no se marcha de mi casa, haré que se lo lleve la Policía.

—Perfectamente. A la policía le interesará mucho saber quién vendió una partida de determinadas piezas inexportables fuera del planeta sin autorización legal —Ocky se miró las uñas—. Esas piezas, de suma delicadeza, gran robustez y alta precisión, entre sus principales cualidades, son construidas en la *Space-Masic Engineering*, de la cual es usted director técnico. ¿Me equivoco?

Hohne tenía la cara gris.

—¿Có… cómo lo ha sabido usted? —tartamudeó.

—Dejemos en la sombra mis fuentes de información. Le propongo un trato, ingeniero.

Rymer se paseó la lengua por los labios, repentinamente resecos.

—¿Qué… qué es lo que quiere saber? —preguntó.

—¿A quien vendió usted las piezas?

—Me lo propuso un tipo llamado Richard.

—Richard, ¿qué?

—No sé más. Él no dijo nunca su segundo apellido.

—¿Dónde vive?

—Tampoco lo sé. Siempre nos entrevistábamos en un reservado de *El Delfín de Oro*.

Ocky levantó un ojo hacia el techo.

—Si, ya sé dónde está esa taberna —dijo.

—La dueña es Deya Lunt…

—Lo sé también. Descríbame a Richard.

—Es un tipo muy fuerte, de hombros enormes, cabeza cuadrada y manos como palas. Tiene la fuerza de un hércules…

—Como esos hay a montones —gruñó Ocky despectivamente—. ¿Qué más?

—Tiene partido el lóbulo de la oreja izquierda.

—Una buena señal. Voy a pagarle sus informes, Rymer.

Ocky metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó un tubito, con el que arrojó un chorro de gas a la cara del ingeniero.

Rymer se puso rígido casi en el acto. Entonces, Ocky preguntó:

—¿Me escucha, ingeniero?

—Sí —contestó Hohne con voz neutra.

—Estupendo. Ingeniero, le ordeno olvide para siempre mi visita y el tema de nuestra conversación.

—Sí, señor.

—Ahora vaya al diván y tiéndase en él.

Rymer obedeció sin protestas.

Ocky sonrió.

El ingeniero despertaría un cuarto de hora más tarde. Al abrir los ojos, creería que se había quedado traspuesto.

Pero no sólo olvidaría a su visitante y a la conversación, sino que si se lo encontrase nuevamente, jamás volvería a reconocerlo.

* * *

Desde la puerta de entrada, Ocky oteó el ambiente de *El Delfín de Oro*.

Era una gran taberna con más de cien años de antigüedad, frecuentada en sus orígenes por marineros. Aunque todavía iban algunos, su clientela era ahora muy diversa.

Había gentes de todas clases y abundaban las mujeres bonitas. Una chica de largos cabellos rojos se le acercó insinuante.

Ocky la rechazó con amable cortesía y se adentró en la sala, acercándose poco a poco al mostrador. Detrás del mismo, sentada en un sillón, sobre una especie de estrado que le permitía dominar el panorama, estaba la dueña, Deya Lunt.

Era una mujer muy hermosa, rubia, con el pelo peinado con exagerada sofisticación, y muy orgullosa de su cuerpo de diosa, exhibido con generosidad.

Deya le concedió tan sólo una mirada casual… en apariencia. Ocky sabía que en sólo dos segundos le había calificado, con escasas probabilidades de equivocarse.

Ocky pidió de beber.

—Una copa de vino marciano.

El camarero arqueó las cejas.

—Son cien milésimas de talento, señor —advirtió.

—¿He preguntado el precio? —gruñó Ocky—. Póngame esa copa y despreocúpese de lo demás.

—Sí…, sí, señor, claro.

Ocky había hablado en voz lo suficientemente alta para ser oído por Deya. Con el rabillo del ojo se dio cuenta de que la dueña de la taberna se había sentido atraída por sus palabras.

Bebió la primera copa y también la segunda. Luego pidió la

tercera.

—¿Cuánto vale todo? —preguntó al terminar.

—Trescientas milésimas de talento, señor.

Tranquilamente, Ocky metió la mano en su bolsillo y extrajo un objeto del tamaño de la uña de su meñique y que emitía singulares destellos verdosos.

—Una esmeralda venusina —dijo—. Cóbrate.

El camarero parpadeó, asombrado.

—No estamos acostumbrados… —dudó, a la vez que se volvía hacia Deya como consultándole con la mirada.

Ocky estaba acodado en el mostrador, muy ocupado en su tercera copa de vino marciano. De pronto, el camarero se inclinó hacia él.

—Señor, ¿ve aquella puertecita que hay a tres pasos del extremo del mostrador?

—Sí, desde luego.

—Vaya allí y llame. Le están esperando.

—No para limpiarme los bolsillos —gruñó Ocky.

El camarero sonrió.

—Si quien le espera a usted, me esperase a mí, yo vendría aquí a diario a dejarme limpiar los bolsillos, señor —contestó.

Ocky levantó la vista hacia el estrado.

Como esperaba, Deya había desaparecido.

* * *

Estaba en el centro de la habitación, esbelta, erguida y sonriente, aguardándole con un fondo de terciopelo rojo, sobre el que destacaba la blancura de su cuerpo de diosa.

Deya vestía una falda que le llegaba hasta los pies, abierta lateralmente, y sujeta, muy baja a las caderas. El resto de su indumentaria lo constituía un brevísimo corpiño que dejaba muy poco a la imaginación.

Ella levantó la esmeralda venusina con dos dedos.

—¿De dónde la has sacado, astronauta? —preguntó.

—¿Importa eso mucho ahora? —sonrió Ocky.

—A mí, sí —dijo Deya.

—Me la encontré, eso es todo.

Deya hizo saltar la gema en la palma de la mano.

—Introducir esmeraldas venusinas en la Tierra está severamente prohibido —dijo.

—Las prohibiciones se pueden quebrantar.

—Lo estoy viendo. ¿Sabes que esta piedra vale un millar de

talentos?

—El precio no me preocupa demasiado.

—¿Tienes más?

Ocky hizo un gesto ambiguo.

—Siempre soñé con tener un collar de esmeraldas venusinas —dijo Deya.

—Un collar está compuesto por muchas piedras, treinta o cuarenta.

—Y tú puedes dármelas… ¿cómo te llamas?

—Throgg, Jimmy Throgg —ahora, Ocky ya podía dar el nombre que le habían elegido en el S.I.E.

—Bien, Jimmy, ¿no puedes darme esas piedras?

—Eres Deya, la propietaria de la taberna.

—Sí, lo admito.

—¿Sabes qué cuesta coger una esmeralda venusina?

—Simplemente, inclinarse hasta el suelo y usar dos dedos —sonrió ella.

—Algo más —contestó Ocky, muy serio—. Cuesta, aparte de ir a Venus, embutirse en una escafandra refrigerante que pesa casi cien kilos; cuesta jugarse la vida a cada momento en un ambiente cuya temperatura sobrepasa los quinientos grados centígrados; cuesta…

—Alto, no continúes —cortó Deya con sequedad—. No me importa lo que cuesta encontrar una esmeralda, incluyendo en ello los riesgos del contrabando. Pagaré a mil quinientos talentos todas las que tengas, ¿me has comprendido?

Ocky meneó la cabeza.

—No —dijo simplemente.

Deya enarcó las cejas.

De pronto, le arrojó la gema. Ocky la atrapó al vuelo.

—Entonces, busca otro comprador —dijo Deya—. No creo que encuentres nadie que te las pague a más de mil talentos.

—El dinero no me importa —Ocky cogió la piedra con el índice y el pulgar y la miró al trasluz—. Tengo algunas más como esta —añadió.

Los ojos de Deya brillaban codiciosamente.

—Tal vez —insinuó—, pidas otro precio por esas esmeraldas.

Ocky la contempló de la cabeza a los pies.

—Puede ser un precio muy caro o muy barato, depende de la apreciación personal de cada cual —lanzó la esmeralda con certera puntería y la piedra desapareció en el centro del fascinante escote de la mujer.

Deya sonrió.

Avanzó ondulantemente hacia el hombre y enroscó los brazos en

torno a su cuello.

—El precio… ¿soy yo?

Ocky ciñó la esbelta cintura de Deya.

—Para mí, el mejor precio —contestó, a la vez que se inclinaba hacia sus tentadores labios.

Mientras se besaban, Deya alargó el brazo derecho y tocó el interruptor de la luz.

Vino la oscuridad.

CAPÍTULO V

—Creo que voy por el buen camino, jefe.

Solté un bufido.

—Yo le creí a usted orbitando ya hacia CR-400 —dije.

—Almirante, todo tiene que ir por sus pasos contados —me contestó Ocky—. No puedo alquilar una astronave y presentarme en el asteroide, diciendo, simplemente: «Soy un agente del S.I.E., y vengo a espiar». Debo llegar allí de otro modo, creo.

—Ellos deben de tener naves de enlace —sugerí.

—Exactamente; y eso es lo que yo estoy buscando; introducirme en una de sus naves.

—¿Cómo lo busca, Stan?

—Ah, es mi secreto —me contestó el agente N-401 taimadamente —. Le tendré al corriente, señor.

La comunicación se cortó. Yo me volví hacia Mina.

—¿Noticias del CR-400? —pregunté.

—Según los cálculos de las naves rastreadoras, se ha apartado unos ciento veinte mil kilómetros de su órbita. La desviación es sumamente lenta, por ahora.

—No es fácil mover una masa de billones de toneladas —dije—. Antes de que hayan alcanzado la velocidad orbital conveniente, habrán pasado semanas.

—Sí, señor.

—Pero, al mismo tiempo, sigue acelerando.

—A menos de un metro por segundo, señor; y la progresión acelerativa es lentísima.

Hice un signo de asentimiento.

—Lo malo no es eso, sino que no tenemos poder legal para impedir el traslado del asteroide —dije.

—Tal vez, cuando esté en las inmediaciones de la Tierra…

—Entonces habremos de tomar una decisión. Mina, empiece a consultar con los abogados del S.I.E. los aspectos legales de la cuestión. Quiero que revisen a fondo todas las leyes espaciales relacionadas con el movimiento de asteroides, ¿estamos?

—Sí, señor.

Me retrepé sobre el respaldo de mi sillón al quedarme solo.

¿Se podría combatir a Maledon con armas legales?

¿Y si él decidía usar otra clase de armas… digamos físicas, para entretenemos?

¿Disponíamos nosotros de otras armas para combatirle?

Preguntas, preguntas, preguntas…

Y, por el momento, más que escasas, las respuestas eran nulas.

* * *

—¿No tienes más esmeraldas, Jimmy?

Ocky estaba muy ocupado en aquellos momentos, recorriendo con la yema del índice la satinada piel del brazo izquierdo de la mujer.

—Te he dado todas las que tenía —contestó.

—Sólo siete —se quejó ella.

—El mes que viene, zarparé para Venus. Estaré ausente dos años.

—¿Tanto?

—Querida, un alistamiento para Venus no resultaría rentable, ni para mi patrón ni para mí, por menos tiempo… además de que no hay nave que no esté allí menos de veintidós meses. Agrega dos entre la ida y la vuelta…

—¿Y me traerás más esmeraldas?

—Tendrás tu collar. Pero si has esperado tanto tiempo, dos años más poca importancia pueden tener, ¿no?

Deya suspiró.

—Si tú lo dices…

—Muchos encuentran esmeraldas venusinas. Muy pocos vuelven de allí con siete, como yo.

—¿Encontraste algún yacimiento?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no trajiste más?

Ocky sonrió.

—Era demasiado peso para mi estómago, compréndelo —respondió.

Deya se echó a reír.

—Un bonito truco, Jimmy. Pero en tal caso, la próxima vez, no podrás traer más de siete…

—Tengo ideado otro truco que…

La puerta se abrió bruscamente y un hombre entró en la estancia.

—¡Deya! —gritó.

La mujer se incorporó a medias en el diván.

—¡Richard! ¿Qué haces aquí? ¿Quién te ha dado permiso para entrar? —exclamó coléricamente.

—¿Cómo? ¿Ahora vas a decirme que yo necesito permiso para entrar en tu cámara? —se asombró el recién llegado.

Deya saltó al suelo y extendió la mano con ademán autoritario.

—¡Fuera! ¡Largo! —gritó—. ¡Vete de aquí, Richard! Nuestras

relaciones no te permiten determinadas libertades que, por otra parte, yo no te he otorgado tan generosamente como has llegado a insinuar. ¡Largo, he dicho!

El individuo, pasmado, no acertaba a reaccionar.

Indolentemente, Ocky se puso en pie.

—¿Lo echo, Deya? —preguntó.

Ella sonrió.

—Si lo crees conveniente…

—No me gustan los intrusos —dijo Ocky—. ¿Cómo has dicho que se llamaba esta acémila de dos patas?

—Richard, querido.

Richard emitió un rugido de ira y se lanzó contra Ocky, blandiendo sus puños. Ocky le esperó a pie firme.

En el último instante, se limitó a extender el brazo derecho, cerrando el puño al mismo tiempo. Richard creyó que su cara tropezaba con un poste.

Un rugido de dolor se escapó de sus labios. El puño enemigo martilleó nuevamente su cara.

Se tambaleó. Un tercer golpe lo dejó inconsciente.

Richard cayó sin saber que su rival llevaba escondido un acelerador de masa. Ocky pesaba casi quince kilos menos que él, pero el acelerador de masa le confería una potencia muscular muy superior.

Sonrió mientras agarraba al caído por los tobillos y lo arrastraba hacia la puerta. Momentos después, cerraba de nuevo y avanzaba sonriente hacia Deya.

—¿Cómo has dicho que se llamaba ese tipo, hermosa?

—Richard… Richard Kupper.

—Bueno, a fin de cuentas, esto es algo que no tiene importancia. Concentrémonos en nosotros mismos, querida.

Deya extendió sus brazos hacia el agente N-401 del S.I.E.

—Con mucho gusto, mi amor — contestó.

* * *

Pronto amanecería.

Las luces del alba, sin embargo, no se apreciaban todavía. Había oscuridad en las calles inmediatas a *El Delfín de Oro*.

Ocky se retiraba a su alojamiento. De pronto, oyó pasos a su espalda.

—Me siguen —pensó en el acto.

Continuó andando, sin preocuparse de su perseguidor. Alcanzó una esquina y la dobló, pero se quedó escondido tras ella.

El hombre llegó a la esquina y giró también. Una mano le agarró por el cuello.

Instantáneamente, Ocky dio un salto atrás, evitando por milímetros la salvaje puñalada que le dirigía el individuo.

—En estos tiempos en que el hombre vuela por el espacio tan fácilmente como se mueve sobre la Tierra, el puñal sigue teniendo la misma efectividad de dos mil años atrás —dijo.

Y, con movimiento relampagueante, agarró la muñeca de su adversario, justo cuando éste le tiraba el segundo «viaje».

El hombre se quejó. Evidentemente, no era Kupper.

—Richard te ha enviado a liquidarme —dijo N-401.

—No sé nada…

Ocky acentuó la presión de su mano. Aun sin acelerador de masa, su fuerza resultaba irresistible.

—Richard es un asqueroso cobarde. Sabe que no puede vencerme en una lucha cuerpo a cuerpo. Tiene celos de mí. ¿Cuánto te ha pagado por liquidarme?

El sicario gimió:

—Suélteme…

—¡Contesta!

—Diez talentos.

—Además de cobarde, roñoso —dijo Ocky burlonamente—. ¿Dónde vive?

—Alineación 700, Bloque 2999, S-35.

—Unos informes muy útiles —apreció Ocky. Aflojó la presión de su muñeca.

El sicario quiso aprovechar la ocasión y empujó a fondo. En el mismo instante, Ocky, con un hábil movimiento, le retorció el brazo.

El cuerpo del sicario tropezó con su propio puñal. Se oyó una tos agónica.

Ocky contempló fríamente a su adversario, mientras se doblaba hacia adelante, agarrándose el mango del puñal con manos convulsas.

—Los tipos como tú no merecen vivir —dijo fríamente.

Ocky era hombre de sentimientos primarios. Para él, un sujeto que cobraba por asesinar a sus semejantes, era peor que un perro rabioso.

Echó a andar, sin molestarse en volver la cabeza una sola vez.

* * *

Hacía poco que había salido el sol. Ocky consideró necesario batir el hierro en caliente.

Kupper debía de estar esperando el informe de su esbirro. Llamó a

la puerta y esperó.

A los pocos segundos, Richard Kupper aparecía ante los ojos de Ocky.

—¡Usted! —barbotó el individuo.

—No soy mi fantasma —sonrió Ocky—. Todavía continúo vivito y coleando.

Kupper estaba desconcertado. Con la yema del dedo índice, Ocky le hizo retroceder unos cuantos pasos.

—Adentro —dijo—. Vamos a hablar los dos.

Los ojos de Kupper despedían fuego.

—No tenemos nada de qué hablar —contestó.

Ocky cerró la puerta de un taconazo.

—Se equivoca, Richard —contradijo—. El motivo central de nuestro diálogo van a ser las piezas que le vendió un tipo llamado Silas Hohne.

La cara de Kupper adquirió un pronunciado tinte ceniciento.

Estuvo unos momentos inmóvil. Luego, de súbito, giró sobre sus talones y corrió hacia un aparador cercano.

Abrió uno de los cajones, metió la mano y sacó una pistola radiante.

CAPÍTULO VI

Kupper empezó a volverse para disparar. En el mismo instante, una silla cayó sobre su antebrazo, haciendo saltar la pistola por los aires.

Un aullido de dolor se escapó de sus labios. Kupper se tambaleó.

Un puño, detrás del cual se hallaba un acelerador de masa, que confería a su propietario un peso de ciento veinte kilos, golpeó el tórax de Kupper, lanzándolo contra un sillón.

Kupper se levantó. El puño golpeó por segunda vez.

—¿Hablamos? —preguntó Ocky.

Kupper sacudió la cabeza. Disparó su puño derecho, pero sólo encontró el vacío.

Algo martilleó su mandíbula.

Kupper cayó esta vez sobre el sillón, incapaz de sostenerse en pie. Sus ojos estaban vidriosos, sin foco.

Ocky se dirigió a la cocina. Tranquilamente, llenó una jarra con agua, volvió a la sala y arrojó el líquido a la cara de Kupper.

El hombre se despabiló entre reniegos. Pero al recordar los golpes recibidos, su combatividad bajó a cero.

—¿Hablamos, Ricardito? —dijo Ocky burlonamente.

—Kupper le miró con expresión de furia impotente.

—¿Qué quiere saber?

—Sólo una cosa: El nombre de la nave en que embarcaron las piezas para el CR-400.

—¿Qué me pasaría si me negara a hablar?

—Entonces, guardarías silencio para siempre.

Kupper consideró la respuesta.

Tenía los ojos fijos en su oponente. ¿Era, tal vez, un informador del S.I.E.?

—Las piezas embarcaron en la «Katryna T.» —dijo al cabo.

—¿Capitán?

—Martius Sylland.

—La nave de Sylland, ¿es correo entre la Tierra y CR-400?

—Sí.

—Es decir, que hace viajes regulares.

—Sí.

—¿Está ahora en la Tierra?

—Sí.

—¿Cuándo zarpa?

—Dentro de tres días.

—¿Cargamento?

—Víveres, principalmente; licores, ropas y provisiones en general.

—¿Máquinas o herramientas especiales?

—No.

—¿Conoces al tercer oficial?

—Sí.

—Su nombre —exigió Ocky.

—Jean Moré.

—Otra pregunta, Ricardito. ¿Cuánto pagaste a Hohne por las piezas?

—Diez millones de talentos.

Ocky lanzó un silbido.

—No es barato Hohne cobrando sus productos —comentó.

Kupper se encogió de hombros.

—Me dieron órdenes de pagar cuanto me pidieran —contestó.

—¿Quién te dio esas órdenes?

Kupper remoloneó un poco.

—Vamos, responde —pidió Ocky.

—Un mensaje.

—¿De quién? —preguntó N-401, armándose de paciencia.

—Maledon.

—¿Mensaje personal?

—Sí.

—¿Cifrado?

—Sí.

—Quiero la clave, Ricardito.

Kupper se puso en pie.

—Tengo que buscarla —dijo.

—Bueno.

—El individuo se acercó al aparador. De repente, se inclinó hacia adelante, agarró la silla caída anteriormente y la arrojó con todas sus fuerzas.

Ocky fue sorprendido, recibió el impacto y cayó de espaldas. Lanzando un aullido de júbilo, Kupper se precipitó hacia su pistola.

Se incorporó, giró un cuarto a su izquierda… y se encontró ante la descarga de otra pistola radiante, que lo hizo desaparecer en cuestión de segundos.

Ocky se puso en pie, meneando lentamente la cabeza.

—Ha sido una lástima, pero tú te lo has buscado —murmuró.

Y luego se aplicó a la búsqueda de la clave por medio de la cual Kupper se había comunicado con Maledon.

Podía resultarle interesante.

* * *

Aquel mismo día, N-401 me llamó por mi línea privada.

—Almirante, tengo que pedirle un favor —dijo.

—Sí —contesté.

—El tercer oficial de la «Katryna T» se llama Jean Moré. Creo que hoy o mañana va a sentirse muy enfermo. El comandante de la nave, capitán Sylland, tendrá que buscar un sustituto.

—Sí.

—El sustituto será James Throgg.

—Voy entendiendo, Ocky.

—La «Katryna T.» es el correo regular de CR-400. Llevó las piezas de contrabando.

—Buena noticia.

—La nave llegará al asteroide, por supuesto. Pero allí quedará averiada. No podrá regresar a la Tierra.

—Excelente idea, Ocky.

—Naturalmente, tendremos que permanecer allí durante más tiempo de lo habitual. Maledon necesitará más un tripulante para la «Katryna T.» que no un especialista en cualquier cosa en su asteroide.

—Es cierto. Bien, ahora mismo vamos a buscar una enfermedad apropiada para Jean Moré. ¿Algo más, Ocky?

—No, eso es todo por ahora, almirante.

La comunicación se cortó. Yo pensé que Ocky era el hombre apropiado para la misión.

* * *

El profesor Maledon aparecía muy preocupado delante de sus aparatos de transmisión.

Había hecho una llamada repetidas veces. La respuesta había sido negativa.

Tarquinia Kollimer entró en la estancia, vestida con su osadía de costumbre.

—¿Karl?

Maledon volvió ligeramente la cabeza.

—Ah, hola, Tarquinia —murmuró.

—¿Qué te pasa? —preguntó la hermosa mujer.

—Estoy preocupado.

—Explícame, por favor.

—Tarquinia, tú ya sabes que el fugitivo llegó a casa del almirante.

—Sí.

—El S.I.E. ha tomado cartas en el asunto. De eso no me cabe la menor duda, ya lo saben.

—Enviarán a otro agente al asteroide —opinó Tarquinia.

—Puedes tenerlo por seguro. Es más, juraría que ese agente está ya en acción.

Tarquinia se sobresaltó.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Tengo un agente «allá abajo»… Le estoy llamando desde hace veinticuatro horas. Puedo admitir un retraso de tres o cuatro horas en la respuesta, pero no de un día completo.

—Y eso, ¿qué significa?

—Muy sencillo. Tenemos que ponernos en el peor de los casos, Tarquinia.

—¿Por qué no hablas claro de una vez?

—El agente puede infiltrarse en el asteroide y sabotear el generador. No será un tipo torpe, puedes tenerlo por seguro. Si hace bien las cosas y no lo descubrimos, el asteroide se convertiría en una bola incandescente.

Tarquinia se estremeció.

—¿Es posible?

—En determinadas circunstancias, sí. Pero ese agente tendría que ser un hombre muy afortunado para conseguir su objetivo. Le localizaremos a tiempo, ¡créeme!

—¡Ojalá! —suspiró ella—. Me sentiría tan defraudada si esto llegase a fracasar…

—No fracasaremos —aseguró Maledon rotundamente—. Y como encontremos al agente, que lo encontraremos, le…

—¡Un momento, Karl!

Maledon se sorprendió de la viveza de aquella exclamación.

—¿Qué te pasa ahora, Tarquinia?

—Encuentra al agente, pero captúralo vivo. No quiero más muertes, ¿me entiendes?

Maledon sonrió mientras se ponía en pie.

—No habrá más muertes, preciosa —dijo, acercándose a la joven.

Tendió los brazos hacia ella. Tarquinia le rechazó secamente.

—No me toques, Karl.

—Pero, Tarquinia…

—Nuestra asociación es puramente… financiera, pero no quiero otra clase de complicaciones, ¿me entiendes?

—¡Eres tan hermosa! —se lamentó el profesor.

—Te agradezco el elogio; pero repito, no debe existir entre tú y yo

otra relación que la meramente profesional y financiera.

—Está bien —suspiró Maledon—. Como quieras, Tarquinia. Ahora, perdóname; voy a insistir en mis llamadas.

Tarquinia salió de la estancia y se acercó a un mirador desde el cual se contemplaba buena parte del atormentado paisaje del asteroide.

¿Había obrado bien dejándose llevar por los consejos y peticiones de Maledon?

Cada día eran mayores sus dudas.

Queridísima Deya:

Lamento comunicarte una mala noticia.

Un buen amigo mío, que tiene motivos para saberlo, me ha dicho que desista por el momento de mi próximo viaje a Venus. Podría costarme un montón de años de cárcel, ¿comprendes?

Lamento que tu collar tenga que esperar más tiempo del que calculamos. Y como no me dan de comer gratis, he tenido que aceptar un puesto en la Audaz, que zarpa mañana mismo para Saturno.

El viaje durará cinco años, de los que tres pasaremos en hibernación, dormidos como angelitos.

Te veré a la vuelta. Besos de tu

Jimmy.

La blanca mano de Deya Lunt estrujó la misiva con furia.

Empezaba a sospechar que había sido objeto de una burla por parte de Jimmy Throgg.

—¡Cinco años! —barbotó, colérica—. Y cuando vuelva, querrá estarse otro más en la Tierra, por lo menos, antes de ir a Venus… si es que acepta ir. Eso significará dos años más… en total, ocho años.

Tendría que esperar ocho años para completar el ansiado collar; pero, entre tanto, Jimmy, como buen astronauta y voluble en las cosas del amor, la habría olvidado por otra.

De pronto se le ocurrió una idea. No tardó mucho en ponerla en práctica.

Dos horas después, tenía la respuesta de un experto en piedras preciosas:

—Señora Lunt, si esto son esmeraldas venusinas, yo soy un cultivador de lechugas.

Deya procuró contener la rabia que sentía.

—¿Cuál es el valor de esas piedras? —preguntó.

—Si usted fuese otra, y no una cliente distinguida, le pediría un cuarto de talento por el peritaje —contestó el joyero—. En honor a usted, señora Lunt, no le cobraré nada por mi trabajo.

Deya ocultó la furia que hervía en su interior.

Si Jimmy creía que podía burlarse de ella, estaba muy equivocado.

Por mucho menos de lo que le había hecho aquel sinvergüenza, conocía a unos cuantos tipos que ahora yacían apaciblemente bajo una lápida en algún cementerio de la ciudad.

CAPÍTULO VII

El capitán Sylland examinó la documentación que le presentaba el individuo. Al cabo de un rato, levantó los ojos.

—Tercer oficial, ¿eh?

—Sí, señor —contestó Ocky respetuosamente.

—Sus informes son buenos. Pero me extraña una cosa, Throgg.

—Diga, señor.

—Mi tercer oficial, el que se ha puesto enfermo, es muy joven. Usted le pasa, al menos, diez años.

Ocky sonrió.

—Comprendo lo que quiere decir, capitán. Ahora debería, por la edad, ser segundo de a bordo en una astronave.

—Exactamente, Throgg.

—Lo siento, señor. Si se fija detalladamente en mi historial, verá que tengo una degradación.

—¿Motivos?

—Golpear a un superior.

Sylland enarcó las cejas.

—Eso es grave. No me gustan los oficiales levantiscos, Throgg.

—Usted habría hecho lo mismo que yo, de haber sorprendido al tipo con su esposa.

El comandante de la «Katryna T.» pegó un bote en el asiento.

Su dedo señaló los documentos.

—Aquí pone insubordinación —dijo.

—Claro, no iban a anotar la verdad de lo ocurrido. El otro tenía más influencias y se desquitó cobardemente.

—Comprendo. De todas formas, Throgg, le vigilaré. No se desmande, ¿entendido?

—Sí, señor. Seré pacífico y puntual cumplidor de mis deberes.

—Así lo espero. Throgg, no olvide usted que, en órbita, el capitán es el amo a bordo, después de Dios.

—Una regla de oro de la navegación —sonrió Ocky.

—Justamente. Bien, vea a mi segundo y firme el enrolamiento. Zarparemos dentro de cuatro horas. ¿Tiene todo listo?

—En la agencia de enrolamiento me dijeron que viniese a la nave con el equipaje. Así lo he hecho, señor.

—Muy bien, eso es todo por ahora, Throgg.

Ocky abandonó la cámara del capitán, satisfecho de la entrevista. El primer paso para llegar al CR-400 había sido dado.

* * *

La moneda era de oro y tenía un valor de medio talento. Voló por los aires y fue atrapada por una mano que parecía una garra.

—Señora —murmuró el nuevo propietario de la moneda.

—Urmond —dijo Deya—, quiero que te encargues de conseguirme unos informes.

—Sí, señora.

—La «Audaz» zarpará hoy para Saturno. Consígueme la lista de la tripulación.

—Sí, señora.

—El hombre se llama Jimmy Throgg. Puede que haya dado un nombre falso. Es alto, muy rubio, de ojos azules y muy fuerte. Otro detalle a considerar es que debe de estar recién alistado.

—Sí, señora.

—Por ahora, nada más, Urmond.

Deya se quedó a solas, devorando su furia.

Había perdido las esmeraldas… y había perdido también a Jimmy, lo que no era de desdeñar, bien mirado. Pero no estaba acostumbrada a que se burlasen de ella.

Jimmy tenía que pagarlo, por supuesto.

Aquella misma tarde, un hombre se acercó al mostrador y le hizo señas de que quería hablarle.

Deya abandonó su estrado.

—¿Qué deseas? —preguntó altaneramente.

—Tal vez le interese saber una cosa —dijo.

—¿Sí? ¿Qué va a costarme?

El hombre sonrió.

—Un talento, Deya.

—Te lo daré si la noticia merece la pena —contestó ella.

—Richard y yo éramos muy amigos —manifestó el individuo—. Sé que Richard y usted…, bien no importa mucho. Todos los enamorados discuten de cuando en cuando.

Deya agitó la mano.

—Abrevia, hombre —pidió, impaciente.

—Richard ha muerto. Pistola radiante.

—¿Cómo lo sabes? — preguntó Deya.

—He estado en su casa. Los síntomas de una descarga radiante son inconfundibles.

Ella se mordió los labios. Al fin, hizo una señal al cajero.

—Dale un talento a este individuo —ordenó.

El mandato fue obedecido en el acto. El confidente se retiró.

Deya se retiró de nuevo a su estrado.

Empezó a pensar, ajena a la admiración que despertaba su belleza entre los clientes del sexo opuesto.

Estuvo pensando mucho rato. Era ya de noche cuando llegó a una conclusión.

Entonces, vio que llegaba Urmond.

Deya abandonó el estrado y se dirigió a su cámara.

Urmond entró minutos más tarde.

—Habla —pidió la mujer.

—Throgg ha embarcado en la «Katryna T.», capitán Sylland, destino asteroide CR-400.

Deya contuvo un gesto de sorpresa.

—Conque a Saturno, ¿eh? —murmuró—. Está bien, Urmond; puedes retirarte… pero espérame ahí afuera. Voy a redactar un mensaje para que lo envíes en el acto al capitán Sylland.

—Bien, señora.

Deya sonrió al quedarse sola.

—Sylland me debe algunos favores. No me negará éste que voy a pedirle —murmuró, mientras se sentaba ante un escritorio.

* * *

El mensaje estaba en clave.

Martius Sylland respingó al descifrarlo:

> *Tercer oficial Jimmy Throgg liquidó a Richard. Me debes muchos favores, Martius. Siento mucho que te quedes en plena órbita sin tu tercer oficial, pero, a veces, ya se sabe, ocurren accidentes fatales. Cariños.*
>
> *Deya Lunt.*

El capitán Sylland juró por todo lo alto al conocer el mensaje. Pero era hombre cauto, al que no le gustaba provocar «accidentes» sólo porque una mujer rencorosa hubiese perdido a su amante.

Sin pérdida de tiempo, redactó otro mensaje, naturalmente, también en clave.

> *No soy culpable disputas entre dos sujetos celosos de tus encantados. Explícate un poco*

mejor. Saludos.

Martius Sylland.

La respuesta llegó varios millones de kilómetros más adelante:

Explicación motivos mi petición se basa en tus propias actividades. ¿Recuerdas el contrabando de hierba marciana? A los importadores les aplican un código muy severo. A veces, hasta cadena perpetua. Besos,

Deya.

El capitán Sylland empezó a jurar y no paró hasta que perdió el aliento.

—Maldita Deya…

La dueña de *El Delfín de Oro* conocía sus trapicheos con la ley. Si le delataba como autor de un contrabando de marihuana de Marte, lo menos que podía sucederle era, en primer lugar, perder su nave, con el sustancioso negocio que ello representaba en la actualidad.

El profesor Maledon pagaba los fletes a peso de oro, sin emitir la menor protesta por las elevadas facturas. Sylland sabía que duraría ya poco, pero que acabaría haciéndose rico.

Después de perder la nave, perdería la libertad para veinte años al menos. En determinadas circunstancias, si los hechos resultaban de cierta gravedad, los traficantes de drogas podían ser condenados a muerte.

Y para estos casos, no había jamás indulto.

Resignado, redactó su último mensaje:

Vengaré a Richard. Saludos,

M. S.

——¡Qué remedio! —suspiró, al disponerse a cifrar el despacho.

* * *

A bordo de la «Katryna T.» la vida se desarrollaba con plena normalidad.

Ocky cumplía estricta y puntualmente sus deberes de tercer oficial. El segundo de a bordo, Pevvi, estaba encantado con él.

Ocky lo había calificado bien pronto. Pevvi era competente y experto en su oficio, aunque con ciertas indecisiones en su carácter, que podrían resultarle perniciosas el día en que intentase solicitar su patente de comandante de astronave.

De momento, procuraba estar a bien con él. Y, hasta ahora, lo iba consiguiendo. Pevvi estaba encantado con él.

En cambio, Martius Sylland, el comandante, le miraba de reojo.

Sylland nunca le había tratado especialmente bien, aunque tampoco se había portado con descortesía. Por instinto, Ocky se daba cuenta de que Sylland recelaba de él.

Llevaban ya varios días de viaje y habían recorrido una cuarta parte del trayecto. La «Katryna T.», era una nave magnífica y sus motores la impulsaban a velocidades poco comunes.

Para hacer realidad sus proyectos, Karl Maledon, pensó Ocky, no podía comportarse con tacañería. Tenía que disponer de lo mejor en todo momento y en cuestión de astronaves, la «Katryna T.» era de las más veloces.

Los oficiales se turnaban en sus guardias en la cámara de control. Era una operación meramente rutinaria, puesto que la nave orbitaba ya automáticamente. Sólo al hallarse a determinada distancia del CR-400 se desconectaría el piloto automático y entrarían en acción los controles manuales.

Por dicha razón, durante el período que correspondía a la noche terrestre, el oficial que estaba de guardia permanecía a solas en su puesto.

CAPÍTULO VIII

La guardia, si bien rutinaria, incluía una serie de obligaciones que no se podían descuidar: vigilancia de instrumentos y comprobación de la posición cada sesenta minutos. Había un operador de radio también de guardia, pero estaba en su propia cabina, aislado de la cámara de mando visualmente, aunque enlazado con ésta por los interfonos.

A Ocky le correspondía la guardia aquella noche. Desde las doce hasta las seis de la madrugada, en que sería relevado por otro oficial de rango inferior.

Hacía escasos minutos que Ocky había revisado los instrumentos. Todo marchaba en orden. Tenía casi una hora por delante antes de iniciar de nuevo las mismas operaciones rutinarias.

Sin saber por qué, pensó en la hermosa Tarquinia Kollimer. Bien mirado, Tarquinia le había gustado siempre.

Lo que le había resultado insoportable era su dinero y su manía de la ostentación. Ocky había tenido que escapar de su lado, porque Tarquinia se empeñaba, literalmente, en cubrirlo de oro.

A Ocky, naturalmente, no le disgustaban ciertos lujos. Los de Tarquinia, sin embargo, resultaban excesivos para él. Era una mujer que no sabía qué hacer con su dinero y que, además, no había admitido nunca consejos para un empleo sensato de la inmensa fortuna heredada de sus padres.

Y ahora, ella, Tarquinia, era el ángel malo del profesor Maledon. Se imaginó fácilmente cual había sido el papel de Tarquinia: inspiradora primero de los planes respecto del asteroide, y luego, sostén económico de la puesta en práctica de tales planes.

¿Era cierto que querían provocar un eclipse total y constante sobre determinadas áreas del planeta?

Podían conseguirlo, ciertamente, pero, ¿qué beneficio obtendrían de su acción?

De súbito, algo cortó en seco sus reflexiones.

Una respiración acarició el vello de su nuca. Ocky se atiesó inmediatamente.

Había alguien detrás de él.

Una persona había entrado subrepticiamente en la cámara sin anunciarse. Y si no quería ser percibida, era que sus intenciones no tenían nada de amistosas.

Algo se enroscó de repente sobre su cuello.

Era un delgado cable de acero, sostenido por dos manos de fuerza poco común. Ocky sintió casi en el acto la brutal presión del dogal.

Pero no cometió la irreparable tontería de intentar aflojarse el lazo. Con gesto relampagueante, alzó las manos por encima de su cabeza y atrapó las muñecas de su atacante.

El capitán Sylland lanzó un gruñido de rabia. Acentuó su presión.

Ocky sintió que todo empezaba a dar vueltas delante de él. De repente, tensó los músculos de sus piernas y saltó hacia arriba con todas sus fuerzas.

El resultado fue sorprendente. Sylland saltó también y, sorprendido, soltó por unos instantes el dogal.

Ocky percibió un mayor aflujo de aire a sus pulmones. Giró en redondo y se enfrentó con su adversario.

La sorpresa fue mínima.

—¡Conque era usted! —murmuró.

Sylland reaccionó y sacó una pistola radiante.

El pie derecho de Ocky se movió con velocidad imposible de seguir con la vista. La pistola saltó por los aires.

Pero Sylland era un individuo tenaz y no se daba por vencido. Un largo y afilado estilete apareció en su mano.

—Es usted un arsenal ambulante, capitán —dijo Ocky, a la vez que lanzaba a un lado el cable de acero.

Sylland se arrojó sobre él. Ocky dejó que la punta del estilete llegase a unos centímetros de su pecho.

Estiró la mano izquierda y atrapó la muñeca de su adversario con presa de acero. Luego usó la derecha para ayudarse.

El brazo de Sylland se retorció completamente hacia adentro. La punta del estilete quedó encarada hacia su propio pecho.

—No… —gimió, previendo el desastre.

Pero ya el estilete penetraba en su carne. Era muy delgado y casi parecía un punzón plano. El acero entró hasta el mango.

Los dos hombres continuaron en pie, muy juntos. Ocky fijó sus ojos en los del agonizante.

—¿Quién le ordenó darme muerte? —preguntó.

Sylland tartajeó algo ininteligible. Sus rodillas empezaron a doblarse y Ocky comprendió que se moría a chorros.

Instantes después, Ocky se asomaba a la puerta de la cámara.

El corredor estaba desierto. Todo el mundo dormía a aquellas horas, salvo el operador de la radio.

Confió en que no se le ocurriese asomarse al corredor. Tenía que pasar por él con el cadáver del capitán para llevarlo al expulsor de desperdicios.

Fue una labor muy desagradable. Ocky tuvo que escudriñar minuciosamente los ropajes del muerto y quitarle todas las piezas de

metal.

Instantes después, lo arrojaba por un orificio circular de más de un metro de diámetro. Cerró la compuerta correspondiente y apretó un botón.

Una turbina empezó a girar en el acto. Estaba compuesta por varias decenas de afiladísimas paletas, que convertían en polvillo impalpable cuanto caía en su ámbito y no era de metal.

Ocky percibió de pronto un ligero chirrido.

Se estremeció.

«Debía de llevar alguna pieza dentaria de oro», pensó.

Segundos después, apretó otro botón. El cuerpo de Sylland, reducido a millones de minúsculas partículas, fue proyectado al espacio.

Luego, Ocky recogió todos los elementos de metal y los guardó cuidadosamente. Al terminar, sin ser visto, regresó al cuarto de control.

Había una lámpara testigo encendida. Señalaba el funcionamiento de la turbina trituradora. Ocky movió el interruptor correspondiente y la lamparita se apagó.

* * *

Una mano le zarandeó con cierta rudeza.

—Señor Throgg, el segundo le llama a la cámara de mando —dijo uno de los tripulantes de la nave.

Ocky abrió un ojo.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Algo gordo, señor —contestó el individuo.

Y se marchó, sin añadir una sola palabra más.

Ocky se levantó, se aseó rápidamente y, momentos después, abandonaba su camarote.

El segundo, Sylvanus Pevvi, estaba en la cámara con los restantes oficiales de la nave.

—Señor —saludó Ocky respetuosamente.

—Throgg, el capitán ha desaparecido —dijo Pevvi sin más preámbulos.

—¿Qué me dice, señor? —exclamó Ocky.

—Desgraciadamente, así es. No se encuentra el menor rastro de él ni hay señales de que las escotillas hayan sido abiertas. Su desaparición, por tanto, resulta incomprensible.

—No lo entiendo, señor. ¿Qué le ha podido pasar al capitán?

—Quizá usted pueda decirnos algo al respecto, Throgg.

Ocky se puso las manos en el pecho.

—¿Yo? —preguntó—. ¿Por qué tenía que saber lo que le ha pasado al capitán?

—El señor Miller estuvo de guardia desde las doce, hora en que le relevó a usted —Miller era otro de los oficiales de la nave—. Asegura que no sucedió nada anormal durante su guardia.

Ocky meneó la cabeza.

—La mía se desarrolló con normalidad —declaró—. Miller es testigo de que tomó el relevo sin que yo le señalase ningún incidente.

Pevvi parecía desconcertado.

—Entonces, ¿qué diablos le pasó al capitán?

—Señor —dijo N401—, usted asegura que ninguna de las escotillas ha sido abierta.

—Por lo menos, durante el cuarto del señor Miller.

—Tampoco durante el mío. Pero, ¿ha hecho examinar usted la escotilla de emergencia?

Pevvi respingó.

—Miller —gruñó.

—Iré ahora mismo, señor —dijo el aludido.

Miller regresó a los pocos minutos, con un trozo de tejido en las manos.

—Estaba atrapado en la compuerta interior —dijo.

Pevvi examinó el fragmento de tela.

—Pertenece a un uniforme, no cabe la menor duda —dictaminó.

—Yo le diré lo que pasó, señor —habló Ocky—. El capitán se desequilibró casi de repente y decidió lanzarse al espacio. Era el único que disponía de la llave de la escotilla de emergencia y sólo la entregaba a otro en caso de auténtica necesidad.

—Es cierto —admitió el segundo.

—Bueno, eso lo explica todo, señor Pevvi. La compuerta, al cerrarse, atrapó el uniforme del capitán. El capitán tiró con fuerza… o fue succionado por el aire de la compuerta al escaparse súbitamente al vacío.

Pevvi movió la cabeza varias veces.

—Sí, eso lo explica todo —convino—. Pero, aun así, la lamparita que indicaba la apertura de esa escotilla, tuvo que encenderse en el cuadro de mandos.

Ocky esbozó una sonrisa de circunstancias.

—Seguramente, el capitán no quiso dar la alarma y desconectó el sistema de aviso —opinó—. ¿Lo ha examinado usted, Miller?

El aludido negó con la cabeza.

—¡Pues vaya a verlo inmediatamente! —tronó Pevvi—. ¿Qué clase

de oficial es usted que no sabe llevar una investigación como es debido?

Miller salió echando chispas. Pevvi se encaró con el resto de la oficialidad.

—Caballeros, demostrado concluyentemente la ausencia definitiva del comandante de la nave y aplicando los reglamentos que son del caso, me hago cargo del mando. El señor Throgg ocupará mi puesto, como es lógico. Por lo demás, tenemos el compromiso de conducir un cargamento y lo llevaremos hasta su destino. Después, el armador designará al nuevo capitán de la »Katryna T.».

Pevvi hizo una corta pausa.

—Mientras tanto, confío en ustedes para que la navegación se desarrolle sin más incidentes —concluyó.

Miller entró minutos después.

—Señor —informó—, el sistema de aviso de apertura de la escotilla de emergencia está desconectado.

Pevvi bajo la cabeza.

—Señores —dijo—, ruego un minuto de silencio en honor de un astronauta muerto.

Ocky inclinó también su cabeza. Sí, colocar en la compuerta el trozo del uniforme de Sylland había sido una buena idea, como también la desconexión de la lamparita testigo.

Se imaginó lo que Pevvi anotaría a continuación en el diario de a bordo:

> *Durante el primer cuarto nocturno y hallándose de guardia el tercer oficial, el capitán Sylland, indudablemente víctima de un desequilibrio mental, utilizó la escotilla de emergencia para arrojarse al espacio…*

Pero había una duda que subsistía en la mente de Ocky.

¿Quién había pagado a Sylland para asesinarlo?

CAPÍTULO IX

Aquella noche Ocky entraba de guardia a las doce.

A las once, asomó la cabeza y vio que el corredor estaba desierto.

En silencio, se acercó a la cámara del capitán. Pevvi, por un singular sentimiento de respeto, no había querido ocuparla sino durante las horas de trabajo.

Por la noche, Pevvi dormía en su propio alojamiento.

Ocky entró en la cámara, echó el pestillo a la puerta, corrió las cortinillas de los ojos de buey y luego encendió la luz.

Inmediatamente, empezó a examinar la documentación. No tardó en encontrar una serie de mensajes de aspecto familiar que le chocaron bastante.

Los despachos tenían un tufillo sospechoso que no podía pasar desapercibido para un sujeto como Ocky. Inmediatamente, receló de que estuviesen escritos en una clave particular.

Abrir la caja fuerte del comandante de la nave no representó para él gran obstáculo. Encontró el libro oficial de claves y las estudió rápidamente.

Ninguna de ellas correspondía a los mensajes. ¿Estaba equivocado?

Los mensajes, sin embargo, tenían una procedencia. Ocky tomó buena nota del origen y, tras dejar todo en orden, abandonó la cámara.

Cuando salió, faltaban escasos minutos para las doce. Con aire mesurado, se dirigió al puente a tomar su guardia.

A la mañana siguiente, buscó al radiotelegrafista y le entregó un largo mensaje.

—Para mi novia —dijo.

El operador contó las palabras.

—Les costará talento y medio —dijo.

—Anótelo para que lo descuenten de mi sueldo —contestó desenvueltamente.

La respuesta le llegó cuarenta y ocho horas más tarde. Convenientemente descifrado, el mensaje decía:

Despachos fueron cursados por un tal Buzz Lothar. Investigamos sus actividades.

Almirante Jefe S.I.E.

Tres días después, Ocky recibió un segundo mensaje, igualmente

cifrado, como el anterior:

> *Buzz Lothar parece relacionado con Deya Lunt, propietaria taberna* El Delfín de oro. *¿Le dice algo esta noticia? Conteste urgente.*

Ocky se apresuró a enviar una rápida y escueta contestación:

> *Interroguen a Deya Lunt. Aprieten a fondo.*
>
> *N-401.*

Veinticuatro horas más tarde, Ocky leía la respuesta a su despacho:

> *Deya Lunt ingirió tableta cianuro ante temor arresto por complicidad intento asesinato. Examinados documentos, hemos hallado claves. Despachos anteriores señalaban complicidad Deya con capitán Sylland, a quien, mediante extorsión, obligó a asesinarle a usted. Capitán Sylland era contrabandista hierba marciana. No creemos, sin embargo, haya relación con esta tentativa de asesinato y su misión. No obstante, mantenga abiertos los ojos.*

—Y tanto que me conviene mantener los ojos abiertos —masculló.

Luego meneó la cabeza.

—Pobre Deya —murmuró, como oración fúnebre—. Se dejó llevar por el rencor y eso es malo, muy malo.

* * *

El CR-400 estaba a la vista.

Su aspecto impresionaba. Elevados picos, profundos cráteres, angostas hondonadas, precipicios cortados a pico de kilómetros de profundidad… y, en uno de sus extremos, la impresionante estructura del generador de fuerza total.

La «Katryna T.» se acercaba al asteroide muy lentamente, siguiendo una órbita en apariencia paralela. En realidad, «descendía» centímetro a centímetro, sustentada por sus motores de antigravedad.

Ocky estaba boquiabierto.

—Jamás hubiera sospechado que un ser humano —no solo, naturalmente—, hubiese sido capaz de lograr la construcción de un artefacto semejante.

Ocky sólo veía parte de los tubos de propulsión, pero era fácil imaginarse que todos eran iguales. Eran inmensos cilindros metálicos de cien metros de diámetro por dos kilómetros de largo.

Los andamiajes de sustentación parecían más sólidos de lo que debieran ser en realidad, debido a la función que debían desempeñar.

En el CR-400 había apenas un vigésimo de gravedad. Por tanto, los tubos podían haber sido sostenidos con unos soportes muy ligeros.

Cada tubo, pensó, debía de pesar millares de toneladas en la Tierra. En el N-400, su peso se reducía a la vigésima parte.

Él mismo pesaba ochenta y cinco kilos. En la superficie del asteroide sólo pesaría un poco más de cuatro kilos.

En lugares como aquél era preciso moverse con gran cuidado. Un salto con demasiado impulso podía hacer que una persona alcanzase la velocidad de escape suficiente para sustraerse a la fuerza gravitatoria del asteroide y perderse para siempre en el espacio.

Si cada tubo, y no era aventurado suponerlo así, pesaba veinte mil toneladas con una gravedad normal, en el CR-400 pesaría solamente un millar.

Pero aquel formidable conjunto de soportes tenía una misión definida: sustentar al tubo propulsor y mantenerlo en su sitio cuando millares de toneladas de gas ardiente se escapasen por la gigantesca tobera del final.

Veinte tubos, funcionando al máximo y al mismo tiempo, moverían al asteroide y lo arrancarían de su órbita, situándolo en la deseada. En realidad, eso era lo que había ocurrido.

Cerca de la parte delantera cada tubo, concluido en una cúpula semiesférica, estaba empalmado a otro, de la cuarta parte de diámetro, que se hundía en el suelo del asteroide y que parecía independiente del sistema de sustentación.

Ocky se imaginó la utilidad del tubo más delgado. Pero tuvo tiempo de seguir contemplando el fascinante espectáculo.

La superficie del asteroide se acercaba con lo que parecía aterradora rapidez. Pevvi lanzó de pronto un aullido.

—Retroceso —bramó—. Retroceso a una décima de potencia.

A su lado, Miller pulsó una palanca.

La nave no varió su impulso.

—Señor Miller — tronó Pevvi—, ¿es que está sordo?

El oficial sudaba.

—Capitán, la nave no responde…

—Llame al cuarto de máquinas, rápido.

Miller tocó otra tecla.

—Máquinas, aquí puente. He pedido contraimpulso a una décima de potencia. ¿Es que no han visto la señal?

—¿De qué señal habla usted? —chilló el ingeniero jefe—. Aquí no se ha visto nada, señor Miller.

La respuesta fue oída por Pevvi, amplificada por el altavoz.

—Pida ahora potencia a un quinto —ordenó.

Miller cumplió la orden.

La nave frenó. Pero ya era tarde.

Pesaba varios miles de toneladas. Aunque su velocidad de descenso era de sólo unos pocos centímetros por segundo, era preciso tener en cuenta la inercia de masa.

La «Katryna T.» chocó contra la superficie de CR-400. Rebotó… cayó, volvió a rebotar, cayó de nuevo y al fin se quedó inmóvil, en medio de un ruido impresionante de metales desgarrados y vidrios rotos.

Una campana empezó a sonar inmediatamente.

—¡Alarma de escape de aire en la bodega cuatro! —gritó alguien por los altavoces.

—¡Cierren compartimentos estancos! —aulló Pevvi.

El mandato fue cumplido instantáneamente. Ocky estaba tendido en el suelo del puente de mando.

Pevvi lo vio y se puso pálido.

—Que lo lleven inmediatamente a la enfermería —dijo—. Señor Miller, hágase cargo del examen de averías.

—Sí, señor.

El operador de radio llamó en aquel momento.

—Capitán, llamada de CR-400 —dijo—. Le pasé la comunicación.

Pevvi tomó el micrófono.

—Habla el comandante de la «Katryna T.». Siento lo ocurrido —manifestó—. Una inoportuna avería en…

—¿Qué diablos les sucede, imbéciles? Han estropeado por completo la nave —chilló alguien a través de la radio—. Capitán, ¿qué manda usted, una astronave o un bote de remos?

—Un fallo, señor. Esto es algo completamente imprevisible y… ¿quién demonios es usted para insultarme de semejante manera? —rugió Pevvi, que también tenía su genio.

—Soy el hombre que le paga a usted y a todos los idiotas que viajan en ese cascajo —contestó Maledon.

—¿Está seguro que es usted el que nos paga? —preguntó Pevvi, que había oído muchas historias acerca del profesor y de la hermosa

Tarquinia Kollimer—. Y aunque así fuera, eso no le da derecho a insultamos. Ahora mismo voy a ver lo que ha sucedido. Luego redactaré un informe oficial y se lo enviaré con uno de mis subordinados.

Pevvi podía ser indeciso a veces, pero sabía muy bien ponerse en su puesto. Maledon dio marcha atrás y murmuró algo que con cierta buena voluntad habría podido tomarse como disculpa.

Pevvi inició acto seguido la investigación. No tardaron mucho en descubrir que el cable que unía la tecla de «Potencia 1/10» con la señal correspondiente en la sala de máquinas, estaba cortado.

Había bastado el simple retraso de algunos segundos en el aumento de la deceleración de la nave para provocar el accidente.

Una vez conocido el origen del accidente, Pevvi se acordó de su primer oficial y fue a visitarlo a su camarote.

Ocky estaba inclinado sobre su lavabo, aplicándose una toalla mojada en agua fría a la sien izquierda.

—Hola, capitán —saludó desganadamente—. Tendrá que dispensarme.

—¿Qué le ocurrió? —quiso saber Pevvi.

—Nadie podía prever el accidente. Los que estaban sentados, aguantaron bien, aun sin cinturón de seguridad. Pero yo estaba de pie y fui lanzado contra el suelo y me di un golpe en la cabeza.

—Lo siento, Throgg. Ya conoce las noticias, ¿no?

—En parte, señor.

—Se ha abierto un boquete en el casco y el aire se ha escapado por completo en la bodega número cuatro. Nos va a costar bastante reparar los desperfectos.

—Una nave puede seguir volando con un agujero en el casco, sin que pase nada —dijo Ocky.

—En caso de urgencia, por supuesto; pero a mí me gusta viajar por el espacio con un máximo de seguridad. Cuando se sienta mejor, me gustaría que me acompañase para inspeccionar los destrozos.

Ocky tiró la toalla a un lado y luego se tanteó la cabeza.

—Estoy listo, señor —contestó.

CAPÍTULO X

El espectáculo, visto desde el exterior, no tenía nada de animador.

Las afiladas rocas de CR-400 habían abierto una larga desgarradura en el casco, destrozando mamparos y dobles tabiques, además de cortar una serie inacabable de hilos y cables de distintas transmisiones.

Por si fuera poco, uno de los tubos de energía había sido destrozado también. El metal del tubo era de una aleación especial y Pevvi, al enterarse de la desgracia, dudó mucho de que pudiera repararlo en el asteroide.

Dos personas vinieron a poco, enfundadas, como todo el que se hallaba en la superficie del asteroide, en sus trajes de vacío. Una de ellas era una mujer.

Ocky procuró mantenerse impasible al ver de nuevo a Tarquinia. Habían pasado ya cuatro años desde la última vez que se vieron, pero la belleza de la mujer no había variado un ápice, si no era para mejorar. Pevvi hizo las presentaciones y Tarquinia dirigió a Ocky una fría y cortés sonrisa de bienvenida.

Durante un rato, Pevvi y Maledon estuvieron discutiendo la situación.

Finalmente, el profesor dijo:

—Hay aquí numerosos especialistas que podrán ayudarle en la reparación de los daños. Me interesa que la nave pueda volver cuanto antes a la Tierra. Sus cargamentos son preciosos, capitán.

—Así lo haremos, señor —contestó Pevvi.

Mientras, Ocky había permanecido discretamente en un segundo término. De pronto, cuando la conversación ya finalizaba, Tarquinia exclamó:

—Señor Throgg, ¿no nos hemos visto antes en alguna parte?

Ocky hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Señora, para mí habría sido un gran placer… pero he tenido que demorar la contemplación de su hermosura hasta este mismo momento.

Tarquinia sonrió, evidentemente halagada.

—Capitán, ¿llevan mujeres a bordo? —preguntó.

—No, señora —respondió Pevvi, sorprendido.

—Es una suerte para el resto de la tripulación. Su segundo las acapararía todas —dijo Tarquinia con sonrisa llena de malicia.

Pevvi rió cortésmente.

—Las indudables aptitudes del señor Throgg se extienden,

evidentemente, a otros campos —respondió.

—Dejemos esto —rezongó Maledon—. Regresemos a nuestro alojamiento, Tarquinia.

—Sí, profesor.

La joven dio media vuelta. Antes de alejarse, sin embargo, dirigió a Ocky una penetrante mirada, que provocó segundos después un fuerte codazo del capitán Pevvi.

—Muchacho, se la ha metido en el bolsillo —dijo—. Si sabe manejarla un poco, habrá hecho su fortuna.

—¡Bah! —dijo Ocky desdeñosamente—. Esa tigresa ya tiene su domador además, me da la sensación de ser muy voluble y… No, no es la mujer de mis sueños, precisamente, aunque reconozca que es muy guapa.

—Puede ser —admitió Pevvi—. Bueno, Throgg, es hora de que empecemos a planear los trabajos para la reparación. Miller se encargará de la descarga.

—Sí, señor, lo que usted diga.

* * *

Transcurrieron dos días.

La reparación no había dado comienzo todavía. Pevvi y Ocky se ocupaban casi exclusivamente de preparar todo para reparar daños y tapar el boquete del casco.

—Hemos trabajado bastante por hoy —dijo Pevvi, tirando el lápiz sobre la mesa de dibujo—. Seguiremos mañana, Throgg.

—Como usted mande, capitán… ¿Señor?

—Diga, Throgg.

—Bueno, si usted no tiene inconveniente… Tengo entendido que en el asteroide hay un Centro de Reposo… Me gustaría visitarlo, con su permiso.

Pevvi se echó a reír.

—El nombre no corresponde a la realidad —dijo—. Allí, en ese Centro, lo que menos se hace es reposar.

Ocky rió por cortesía. Fue al vestuario y se puso la escafandra espacial. Momentos después, salía al exterior.

Había en el asteroide unos cuatrocientos técnicos y especialistas de todo género, los cuales necesitaban habitáculos cómodos y amplios. Ocky divisó varias cúpulas de gran tamaño, con sus alojamientos en el interior. Era una ciudad en miniatura, a la cual, según parecía, no le faltaba nada.

Aparte había otra cúpula de mayor tamaño, en la que se veían

algunos edificios aislados. Ocky se imaginó quiénes eran los habitantes de aquellos edificios.

Había algunos individuos en el exterior, todos ellos con sus correspondientes trajes de vacío, efectuando distintos trabajos. Ocky se inclinó una vez y recogió un pequeño pedrusco, que guardó en uno de los bolsillos de la escafandra.

De cuando en cuando, realizaba la misma operación. Al fin llegó a una de las esclusas y el vigilante de la misma manejó las compuertas para que pudiera pasar al interior.

—Si le apetece, quítese la escafandra y déjela ahí colgada —dijo el hombre, una vez Ocky estuvo en una atmósfera presurizada.

—No es mala idea —aprobó N401.

Una de las piedras rodó al suelo al quitarse el traje. Ocky fingió no haberla visto y, al terminar la operación, se alejó en dirección a la taberna llamada pomposamente Centro de Reposo.

El vigilante de la esclusa se agachó, recogió la piedra y la examinó con gesto de profunda preocupación. Ocky volvió la cabeza una vez, observó la acción y sonrió para sus adentros.

Dos días después, desde la ventana de su camarote, vio que el vigilante de la esclusa era el mismo tipo. Ocky decidió repetir la operación.

Esta vez, recogió una docena de piedras, algunas arrancadas con un pequeño martillo, y las guardó en uno de los bolsillos exteriores del traje, haciendo abultase un poco. Entró en la cúpula, dejó el traje y se fue al Centro de Reposo a tomar unas copas.

Apenas se hubo perdido de vista, el vigilante metió la mano en el bolsillo y sacó una piedra.

—¿Qué diablos estará buscando ese tío? —masculló, profundamente intrigado.

Mientras, el asteroide seguía su órbita hacia la Tierra, incrementando gradualmente su velocidad de desplazamiento por el espacio.

* * *

Desde el «ojo de buey» de su camarote, Ocky contempló pensativamente el tubo propulsor más próximo a la nave.

El gigantesco artefacto abrumaba con su grandiosidad. Como todos los demás, había sido emplazado en una zona relativamente llana del asteroide y terminada de alisar a fuerza de explosivos. El tubo menor que sobresalía de su parte delantera se hundía a cientos de metros bajo la superficie del CR-400.

En la extremidad del tubo, gigantescas máquinas arrancaban fragmentos de roca en grandes cantidades, los desmenuzaban, reduciéndolos a polvillo molecular y luego arrojaban el resultante en los hornos de fuerza total.

Como consecuencia de ello, la energía básica originaba incalculables toneladas de gases que ardían a elevadísimas temperaturas v eran proyectados al exterior con una enorme presión. El resultado no podía ser más que uno: actuando los veinte tubos al mismo tiempo, el asteroide era propulsado en la dirección deseada.

Había sido una labor ímproba, incluso maravillosa, pero, ¿tenía un fin práctico?

¿Qué beneficios esperaban obtener Maledon y Tarquinia de aquel empleo de la fuerza total?

En una máquina nuclear, la energía obtenida era sólo una parte de la que podía proporcionar el combustible fusionable. En la máquina de fuerza total, donde se consumía cualquier materia, desde un trozo de metal a un saco lleno de papeles, el aprovechamiento de la energía de la combustión ultranuclear era absoluto.

Ni un solo gramo de fuerza se perdía, y así como en los hornos nucleares el combustible debía ser uranio enriquecido, en un horno de fuerza total, cualquier material proporcionaba no sólo energía infinitamente más barata, sino en cantidades muy superiores.

El inconveniente de un costo superior de la máquina de energía másica quedaba compensado por el hecho de que no era preciso emplear combustible nuclear. Y el peligro de radiación, otro hecho a tomar en consideración también, era totalmente nulo.

¿Para qué aquella gigantesca obra?, se preguntó una vez más.

Sólo una persona podía darle la respuesta.

Todo el mundo dormía a aquellas horas. Ocky aplastó el cigarrillo que fumaba contra un cenicero y se dirigió a la puerta de su camarote.

Un silencio total reinaba en la nave. Ocky asomó la cabeza.

El corredor estaba desierto. Una sonrisa brotó de sus labios, mientras se dirigía al cuarto de herramientas.

* * *

Los soldadores trabajaban activamente con sus aparatos, colocando las planchas fabricadas en el asteroide en sus lugares correspondientes.

Empleaban herramientas movidas por energía eléctrica conectadas por largos cables a unos enchufes, que eran los terminales de los hilos que traían la corriente de la central auxiliar de la «Katryna T.».

De repente, uno de los cables empezó a humear.

—¿Eh, qué diablos pasa aquí? —gritó el operario.

Un segundo cable empezó a despedir chispas por todas partes, incluso a través del aislante. El hombre que manejaba el soldador arrojó la herramienta a un lado.

Inmediatamente, se produjo un gran chispazo. Los restantes operarios desconectaron sus máquinas, pero los cables continuaban ardiendo.

Sonó la alarma. Las clavijas de conexión despedían chispas continuamente. El humo empezaba a invadirlo todo.

—¡Fuera, fuera! —gritó Miller, encargado de las obras.

Se había construido una cúpula especial para la ocasión, con el fin de que los componentes de la cuadrilla de reparación pudieran trabajar más cómodamente, sin los trajes de vacío. Al ver el fuego, que amenazaba con invadirlo todo, los trabajadores huyeron a la carrera.

Miller fue el último en salir. Cerró la compuerta estanca y lo hizo a tiempo, porque una serie de llamaradas alcanzaron el plástico de la cúpula provisional y lo destruyeron, dejando el lugar nuevamente expuesto al vacío espacial.

Minutos después, las luces de la nave se apagaron.

La central auxiliar de energía se había quemado, debido a la sobrecarga motivada por los cortocircuitos.

* * *

Stan Ocky estaba apoyado en el mostrador del Centro de Reposo, cuando se le acercó un individuo.

—Me llamo Wolton. ¿Quieres tomar una copa conmigo?

—Mi nombre es Jimmy Throgg —sonrió N-401—. Encantado, Wolton.

Un camarero sirvió las copas. Wolton levantó la suya.

—Salud, Jimmy.

—Salud, Wolton.

Los dos hombres bebieron.

—La «Katryna T.» tiene mala suerte —dijo Wolton, después de limpiarse los labios con el dorso de la mano.

—Sí.

—Creo que os habéis quedado sin central auxiliar.

—Así es.

—¡Hum! —dijo Wolton—. Eso no es cosa que se pueda conseguir a bordo del CR-400.

—Ya lo sé. Por eso hemos tenido que venir al asteroide. Sin energía

a bordo, no hay calefacción… entre otras cosas.

—Mala suerte, Jimmy. Sobre todo, ahora que podías volver rico a la Tierra.

Ocky enarcó las cejas.

—¿Qué me dices, Wolton?

El tipo sonrió sibilinamente.

—No te hagas el desentendido. Soy vigilante de esclusa y te he visto varios días recoger pedruscos del suelo. ¿Eres geólogo?

—Hice un par de cursos en Nueva Yale —contestó Ocky.

—Nos pagan bien, pero llevarnos ya varios años en este maldito asteroide. Yo podría ser rico; pero ¿sabes cuánto dinero tengo ahorrado?

—Hombre…

—Un talento y siete décimas.

—¡No me digas!

Wolton movió la cabeza repetidas veces.

—Sí, es verdad. Aquí no hay nada más que hacer que beber y jugar. Y como yo soy un tipo con la suerte de un can sarnoso… Pero me da en la nariz que mi suerte ha cambiado. ¿O no eran muestras de cuarzo aurífero las que ibas recogiendo estos días cada vez que salías de tu nave?

Ocky sonrió interiormente.

El anzuelo había sido lanzado.

Y el primer pez había picado ya.

CAPÍTULO XI

Ocky dio una palmada en el hombro de su nuevo amigo.

—Hablaremos otro rato, amigo — dijo. Y le guiñó un ojo.

Wolton contestó con una sonrisa cómplice. Ocky giró en redondo y pisó a un individuo.

Pisó con fuerza, deliberadamente. El sujeto chilló, se quejó e increpó al autor del pisotón.

—Lo siento, pero no admito insultos —dijo Ocky.

Y disparó su puño contra la cara del sujeto.

El hombre cayó. Uno de sus amigos golpeó a Ocky.

Wolton salió en defensa de su nuevo amigo. Medio minuto después, la taberna se había convertido en un gigantesco pandemónium donde todos peleaban.

El profesor Maledon, avisado, llamó al capitán Pevvi. Los dos hombres trataron de poner orden en el ambiente. Ocky aprovechó la ocasión para ennegrecer un ojo a Maledon.

Alguien le golpeó por detrás y Ocky perdió el sentido.

Cuando lo recobró, se encontró en una habitación, junto con Wolton y otros sujetos tan aturdidos como ellos. Había un lavabo y Ocky se refrescó la cara un poco.

A los pocos minutos, se abrió una puerta. Dos hombres armados aparecieron en el umbral.

—Usted —señaló uno de ellos a Ocky—, venga con nosotros.

Wolton le dio dos palmadas en el hombro.

—Ánimo, chico —dijo—. Si me necesitas, aquí me tienes.

Ocky hizo un gesto de asentimiento. Luego se dirigió hacia la puerta.

Poco más tarde, entraba en la cúpula principal. A continuación fue llevado a uno de los edificios, de aspecto más lujoso que los restantes.

Como todos, había sido construido según módulos prefabricados, lo que simplificaba los trabajos de instalación en el asteroide. Ocky fue introducido en una estancia donde había un hombre y una mujer.

El hombre tenía un filete de carne cruda sobre el ojo. La mujer, ataviada con un fascinante vestido de líneas osadas, le contempló fijamente.

—Se llama usted James Throgg —dijo Tarquinia.

—Sí, señora.

—Ha provocado una pelea en el Centro de Reposo.

—Me insultaron, señora.

—¡Ese tipo me machacó un ojo! —gritó Maledon coléricamente.

Tarquinia extendió un brazo de mórbidos contornos.

—Déjanos solos, Karl —pidió.

—Está bien, pero si no le impones por lo menos un mes de encierro… Es el segundo oficial de la «Katryna T.» y debería haber dado ejemplo de cordura y responsabilidad…

Maledon se marchó, echando chispas. Ocky y Tarquinia quedaron frente a frente.

El traje de Tarquinia era de una audacia extremada. Los pantalones parecían una segunda piel de algo parecido a terciopelo negro. A partir de la cintura, sólo se veía una epidermis blanquísima, excepto en los senos, cubiertos lo estrictamente indispensable. El resto quedaba al aire.

Tarquinia sonrió.

—¿A qué has venido a CR-400, Stan Ocky? —preguntó repentinamente.

* * *

Un profundo silencio gravitó sobre la estancia.

—No entiendo, señora —dijo N-401.

Tarquinia estaba sentada. Se levantó y caminó graciosamente hacia el agente de la S.I.E.

Elevó la mano derecha, rematada en unas puntiagudas uñas de color dorado fuerte. Las yemas de sus dedos rozaron la parte alta de la oreja del hombre.

—Te cambiaron la cara, pero olvidaron «tapar» este pequeño corte que alguien te hizo una vez con un botellazo —dijo Tarquinia con voz cálida, acariciadora—. Puedo tener muchos defectos, pero poseo la virtud de una excelente agudeza visual. Y una buena memoria, Stan; he visto esa cicatriz de cerca muchísimas veces, incontables veces. ¿Lo recuerdas?

Ocky apretó los labios.

—Señora, permítame repetir que se equivoca…

La mano de la joven se estrelló de repente contra la cara de Ocky.

—¡Al menos, hazme el honor de no tomarme por tonta! —exclamó coléricamente—. ¡Quítate la blusa! ¡Ahora!

Ocky permaneció inmóvil. Tarquinia miró hacia la puerta.

—¿Quieres que llame a los guardias? —preguntó.

—Está bien —N-401 suspiró y se sacó por encima la blusa de cuello cerrado que vestía en una atmósfera a presión.

Su torso atlético quedó al descubierto. Tarquinia se le acercó de nuevo y rozó con los dedos un lunar que tenía en la parte alta del

brazo izquierdo, muy cerca del hombro.

—He besado este lunar muchas veces, Stan —sonrió—. ¿Lo recuerdas?

—Tu memoria es elefantiásica —dijo él mordazmente.

—Pero muy útil, sobre todo, en ocasiones como la presente.

Tarquinia se retiró dos pasos, apoyó un codo en la otra mano y la barbilla en la mano levantada.

—Stan, ¿qué hago contigo? —preguntó.

El hombre se puso la blusa nuevamente. Luego se peinó con los dedos.

—¿Puedo darte consejo en una decisión que sólo depende de ti?

—Y de Karl Maledon, no lo olvides.

—Maledon hizo matar a uno de mis compañeros.

—Lo sé.

—Si me delatas, también me matará.

—Es cierto.

Ocky enseñó las palmas de sus manos, con gesto resignado.

—Entonces, no hay más que discutir —dijo.

—Stan —exclamó Tarquinia de repente—, ¿por qué la S.I.E. quiere destruir la obra de Maledon?

—¿Y por qué quiere sumir ese hombre en una noche eterna a vastas regiones de la Tierra?

El pecho de la joven palpitó con violencia.

—No te lo diré, porque no debes saberlo; y aunque lo supieras, no me comprenderías —respondió.

—Yo te he comprendido demasiado pronto; por eso me marché de tu lado. Te amaba sinceramente, me creas o no; pero te hacías insoportable con la continua y despilfarradora ostentación de tus riquezas. Si un hombre y una mujer se aman de veras, y ella tiene dinero, o viceversa, el obstáculo que esto representa se puede soslayar con un poco de buena voluntad. Pero no, tú necesitabas alardear todos los minutos de todos los días de tus riquezas y eso te hacía, repito, insoportable.

—¡Oh! —exclamó Tarquinia, sofocada hasta la raíz del cabello—. De modo que me dejaste porque no me podías soportar.

—A ti y a tu maldito dinero. Y ahora que ya lo sabes todo, llama a tus esbirros y ordena que me asesinen como hicieron con Chick Fallass.

—¡Yo no di esa orden, Stan!

Ocky movió la mano en sentido circular.

—¿Quién ha financiado todo esto? —dijo—. Has enterrado aquí centenares de millones de talentos… y tu obra tenía que seguir

adelante, costase lo que costase. Aunque fuese al precio de vidas humanas.

Tarquinia se mordió los labios.

—Si hicieras un esfuerzo por comprenderme…

—Es tarde ya —contestó el hombre. Se cruzó de brazos—. Estoy a tu disposición, Tarquinia.

La joven vaciló.

—Si me prometes no hacer nada, te dejaré libre —declaró al cabo.

—También es tarde.

—¿Cómo?

—Puedes matarme u ordenar que me maten, si ese es tu gusto, pero he puesto en marcha el mecanismo de explosión de una bomba que destruirá esta maldita obra.

Tarquinia se espantó.

—¡Una bomba! ¡Volaremos todos en pedazos!

—Es sólo una metáfora, pero la destrucción se producirá de manera igualmente inexorable.

—No… no entiendo, —dijo Tarquinia con voz titubeante.

—A mí también me gusta guardar mis secretitos —sonrió Ocky.

—¿No me dirás…?

—No.

—¿Y consentirás que muera?

—No morirás.

Ocky continuaba sonriendo. De pronto, ella, furiosa, extendió el brazo y gritó:

—¡Vete! ¡Vete y no vuelvas a dirigirme la palabra jamás, en los días de tu vida!

Ocky se encaminó hacia la puerta. Antes de llegar a ella, se volvió y, con la sonrisa en los labios, dijo:

—Tarquinia, no olvides mi nombre actual: Jimmy Throgg.

Cuando salió, ella no había dicho nada todavía.

* * *

La puerta del encierro salió. Dos hombres armados, pertenecientes al pequeño cuerpo que guardaba el orden en el asteroide, aparecieron en el umbral.

—Salgan y vuelvan a sus puestos —dijo uno de ellos—. El profesor les ha impuesto una multa de cinco talentos sobre sus salarios.

Wolton se encogió de hombros.

—Tanto da —contestó despectivamente—. En lo que a mí respecta, hace meses que no siento el consolador contacto de un billete…

Se dirigió hacia la salida, en unión de los demás alborotadores. Uno de los guardias le detuvo de pronto.

—No, tú quédate.

Wolton protestó.

—¿Es que yo he roto más cosas que los otros?

—Espera y cierra el pico —gruñó el guardia.

Momentos después, Wolton quedaba a solas con los dos guardianes. Uno de ellos metió la mano en el bolsillo y sacó una cosa que despedía bastante brillo.

—Estaba en tus ropas. Lo encontramos cuando te registramos al arrestarte —dijo—. ¿Dónde lo has recogido?

Wolton miró de hito en hito a su interlocutor.

—¿Te importa mucho? —preguntó.

—Nos importa lo suficiente para quebrarte el espinazo si insistes en mantener cerrado el pico —dijo el otro guardia.

Y al mismo tiempo que hablaba, cerraba la puerta.

—Muchachos, os aseguro que no sé nada… —suplicó Wolton.

—Vamos, vamos, no trates de tomamos el pelo. Esto es oro, ¿sabes?

—¡Oro! —fingió sorprenderse Wolton.

Los dos esbirros cambiaron una mirada.

—Qué buen actor es —dijo uno.

—Sí, miente de maravilla.

—Pero cuando a un tipo le machacan las costillas a palos, se siente inclinado a ser veraz.

—Y suelta todo lo que sabe con más rapidez que balas una ametralladora del siglo pasado.

Wolton se lamió los labios.

—Está bien —dijo al cabo—. ¿Qué obtendré yo a cambio?

—Tu integridad física —contestó cínicamente uno de los guardias.

—Y una modesta participación en el negocio. No somos avaros —añadió el otro.

—He oído decir que en estos asteroides, a veces, se encuentran grandes yacimientos de oro. El CR-400 pesa billones de toneladas. Si en su composición geológica entra el oro, aunque sólo sea la diezmilésima parte, ¿te imaginas el dinero que podríamos ganar?

—En resumen, que aquí… —el guardia pateó el suelo—, hay, al menos, de cinco a diez millones de toneladas de oro.

—Un buen pico, ¿no? —sonrió Wolton.

—Un buen pico, palas, un molino para moler el cuarzo… ¿qué nos dices al respecto, chico?

—Somos tres. Partes iguales —pidió Wolton.

Los guardias cambiaron de nuevo una mirada de inteligencia.

—De acuerdo —dijo uno de ellos.

—Hecho —confirmó el otro.

—Entonces, no se hable más. Empecemos ya —propuso Wolton entusiasmado.

CAPÍTULO XII

El oficial Miller puso delante de los ojos del capitán Pevvi una tira de papel perforado y preguntó:

—¿Sabe usted qué es esto, capitán?

Pevvi se sorprendió de la pregunta.

—No —contestó—. Dígame, Miller.

—Es la cinta correspondiente a las incidencias de la noche en que se suicidó el capitán Sylland —explicó Miller—. Todo está normal, salvo en este punto.

—¿Y…?

—Simplemente, la cinta señala que esa noche alguien usó el expulsor de desperdicios.

Pevvi se estremeció.

—Una turbina cuyas paletas giran a diez mil revoluciones por minuto —dijo.

—Capaz de convertir un cuerpo humano en polvillo microscópico, señor.

—¿Entonces…?

—Este trozo de cinta corresponde a la guardia de Throgg, señor. Si alguien hizo funcionar la turbina del expulsor, ése fue Throgg y nadie más.

—¿Y por qué no pudo ser otro?

—¿Quién cortó el cable de «Potencia 1/10» y provocó el aterrizaje demasiado brusco?

Pevvi se tiró del labio inferior con gesto preocupado.

—¿Por qué había de hacerlo él, precisamente? —murmuró.

—Todavía hay más, señor; la destrucción de la central auxiliar fue algo premeditado.

—Me deja usted sin aliento, Miller. ¿Cómo sabe tantas cosas?

—He estado investigando desde el primer día, señor. No es concebible que una nave último modelo, escrupulosamente revisada antes de su despegue de la Tierra, sufra tantos desperfectos. La causa sólo podía ser una, señor.

—Sabotaje.

—Justamente. Y entonces se me ocurrió revisar las cintas de rumbo, en las que se registra el menor incidente mecánico que se produce a bordo. Puesto que yo no había visto ninguna luz piloto de cualquier compuerta cuando el capitán Sylland se lanzó supuestamente al espacio, la causa tenía que estar en otro sitio.

»Es cierto que creímos en un principio que Sylland había usado la

salida de emergencia, pero he visto las conexiones y he podido darme cuenta de que fueron alteradas primero y reparadas después. Si a ello unimos las indicaciones de la cinta, que no miente, tendremos completa la investigación.

Pevvi miró de hito en hito a su oficial.

—Una buena labor, Miller. Se le recompensará como merece —dijo.

—La recompensa me interesa menos que el castigo del culpable, señor —dijo Miller en tono altisonante.

—De eso me encargo yo.

Pevvi se puso en pie.

—El profesor debe conocer la verdad de inmediato —agregó—. La permanencia de la «Katryna T.» en CR-400 es un perjuicio gravísimo y alguien tiene que responder por lo que ha hecho.

El capitán se dirigió hacia la puerta. Al salir, se volvió, miró a su oficial y sonrió:

—Miller, el profesor tendrá conocimiento de su celo en la investigación —aseguró.

—Mil gracias, señor —contestó Miller, ufano de sus actuaciones.

Un cuarto de hora más tarde, Pevvi pisaba el suelo del asteroide.

Por el camino, se tropezó con unos cuantos individuos que parecían excavar con perforadoras portátiles individuales.

—¿Buscan algo? —preguntó con moderada curiosidad.

—Sí, huesos de albaricoque —contestó uno de los trabajadores con agudo cinismo.

Pevvi respingó. De buena gana le hubiera dado una lección al atrevido, pero no perteneciendo a la tripulación de su nave, prefirió pasar la burla por alto.

Había otro asunto que le tenía mucho más preocupado y que estimaba debía ser resuelto cuanto antes.

Era una lástima, Jimmy Throgg se le había hecho muy simpático.

Pero había traicionado su confianza y esto era algo que Pevvi no podía tolerar.

* * *

Ocky sacó el pañuelo para sonarse un poco. Al hacerlo, algo cayó al suelo y produjo un pequeño ruidito.

Fingió no haberse dado cuenta del incidente y pidió una copa. A su lado, un individuo se agachó, recogió lo que parecía una piedrecita de color amarillo y la examinó con toda atención.

—Eh —dijo—, ¿es tuyo?

Ocky volvió la cabeza. Fingiendo sorpresa, recobró la piedrecita de nuevo.

—Sí, es mío —contestó.

—Espera un momento —pidió el hombre—. Quiero hablar contigo.

—Bueno. ¿De qué se trata?

El dedo del sujeto señaló el bolsillo del traje de Ocky.

—Eso —dijo—. Tengo buena vista. Amigo, es oro.

—¿De veras? —Ocky fingió burlarse—. Tiene gracia; oro en este pedrusco espacial.

Otro hombre se acercó a los dialogantes.

—Me parece que el viento ha traído hacia mí noticias de interés —manifestó—. Rupert, has mencionado la palabra oro.

El llamado Rupert asintió.

—Sí. Este tipo tiene un trozo en el bolsillo —contestó.

—Soy Krakov —dijo el nuevo—. Tengo estudios de geología. Déjame ver esa piedrecita, chico.

—¿Qué pasaría si no quisiera? —preguntó Ocky.

—Vamos, vamos, no vamos a quitártela —dijo Krakov—. Pórtate como buena persona y confía en nosotros.

Un hombre entró en aquel momento en el Centro de Reposo.

—¡Eh, muchachos! ¿Qué diablos están haciendo en el exterior Wolton, Leeray y Orville con sendas perforadoras individuales?

Rupert aguzó el oído.

—¿Has dicho perforadoras individuales, Billy?

—Sin quitar ni una sola palabra. ¿Hay órdenes de nuevos trabajos? Creí que ya había terminado todo…

Rupert y Krakov intercambiaron una mirada.

—Me parece que yo también voy a necesitar una perforadora —dijo el primero.

—Yo estoy contigo, compañero —sonrió el otro.

El recién llegado estaba atónito.

—¿Adonde vais? —preguntó.

—¿Te importa mucho? —replicó Krakov.

—¡Pero… no hay órdenes para trabajos en el exterior!

El camarero dejó de repente de fregar vasos y tiró el delantal a un lado.

—Si no encuentro una perforadora, usaré un pico —dijo. Y corrió hacia la salida.

Ocky sonrió mientras alargaba la mano hacia la botella.

En menos de un minuto, el Centro de Reposo quedó completamente vacío.

Sólo quedaba un hombre, quien, a pequeños sorbitos, brindaba

anticipadamente por su triunfo.

* * *

El profesor Maledon se paseaba nerviosamente por la estancia.

—De modo que todo lo hizo Throgg —masculló, una vez hubo terminado Pevvi su informe.

—Sí, señor; no cabe la menor duda. Él lo hizo. Ignoro los motivos, profesor, pero…

Maledon levantó su mano y Pevvi calló.

—Yo sí conozco los motivos —se volvió hacia Tarquinia, quien había escuchado la conversación en silencio—. Tú también, ¿verdad?

Ella, muy pálida, asintió sin palabras.

Maledon se volvió hacia Pevvi.

—Gracias, capitán —dijo—. Ahora me ocuparé personalmente de este asunto. Puede retirarse.

Pevvi se alejó. Maledon y Tarquinia quedaron solos un momento.

—¿Te das cuenta? —dijo Maledon—. Throgg es un agente del S.I.E.

Tarquinia hizo un esfuerzo por conservar la serenidad. En modo alguno debía saber Maledon que ella conocía la verdadera identidad del supuesto Throgg.

—¿Qué vas a hacer con él? —preguntó, simulando indiferencia.

—Es una pregunta ociosa —rezongó el profesor—. Espera unos momentos y lo sabrás.

Maledon se acercó a un interfono y bajó una palanquita.

—Señor Booney —llamó.

—¿Profesor? —contestó alguien en el acto.

—Venga inmediatamente.

—Sí, señor.

Tarquinia se puso una mano sobre la frente.

—No me encuentro bien —dijo.

—¿Jaqueca? —sugirió Maledon desdeñosamente.

—Sí, estos días han sido muy agitados y… ¿Podrás dispensarme, Karl?

—Por supuesto.

Tarquinia se puso en pie y abandonó su estancia. Maledon quedó solo, mascullando imprecaciones entre dientes.

—Ahora que ya sólo faltaba una semana para iniciar el período de deceleración…

Un hombre entró a los pocos momentos en la sala.

—Profesor —saludó.

—Hola, Booney —dijo Maledon—. Tengo que encomendarle una misión de la máxima importancia.

—Sí, señor.

—Se ha infiltrado un agente de la S.I.E. Ya tuvimos uno, ¿lo recuerda?

—Perfectamente, señor. Aunque consiguió escapar…

—Pero en la Tierra recibió su merecido por traidor.

—Sí, profesor.

—Bien, este agente no podrá escapar, porque él mismo se imposibilitó la huida, al averiar la «Katryna T.», de la cual era primer oficial. Su nombre es Jimmy Throgg. Encuéntrelo y tráigamelo en el acto. ¿Necesitará gente?

—Dos hombres conmigo podrían resultar una ayuda muy efectiva, profesor —sugirió Booney.

—De acuerdo. Como le digo, tráigame a Throgg; pero si se resistiera a entregarse… ¡mátelo!

CAPÍTULO XIII

A Tarquinia Kollimer le dolía la cabeza, pero era de pensar lo que podía sucederle a Stan Ocky si caía en las manos del implacable Maledon. Conocía a Booney y sabía que era el jefe de la seguridad y el orden en el satélite.

Booney era un fiel ejecutor de los mandatos de Maledon. Carecía de imaginación, pero no dejaba de cumplir una orden a cualquier precio. Y, desde luego, era el hombre ideal para mantener la tranquilidad entre los cuatrocientos especialistas del asteroide.

Muchas veces se organizaban broncas y reyertas. Booney y sus hombres acababan con las peleas por medios tan rápidos como expeditivos. Tarquinia lo sabía y temía por la suerte de Ocky.

Se figuró lo que podía ocurrir y corrió a la sala de escafandras. Ella tenía la suya en su alojamiento privado.

En aquel lugar se guardaban las escafandras de las personas que componían el estado mayor del profesor. Cada sección tenía su vestuario particular, pero a Tarquinia sólo le interesaba aquél.

Había una docena de escafandras a punto de ser utilizadas. Booney iría luego a otro vestuario, pero siempre perdería tiempo.

Abrió las válvulas de los depósitos de aire comprimido en todas las escafandras, menos en una, con la cual cargó. Sin perder más tiempo, corrió a su alojamiento y la guardó en un armario.

Luego empezó a calcular dónde podría encontrar a Ocky. Vagamente, a través de una ventana, vio correr a unos individuos, pero no concedió importancia al incidente.

De pronto, se le ocurrió una idea. Sin pérdida de tiempo, abandonó la cámara y echó a correr.

Todas las cúpulas que componían el espacio habitable del asteroide comunicaban entre sí. Tarquinia corrió desolada, hasta alcanzar el Centro de Reposo.

Había un hombre encaramado en un alto taburete, sorbiendo un refresco por medio de una paja, con aire de perfecta tranquilidad. Solamente entonces se dio cuenta Tarquinia de que en el local había sólo un único cliente.

—¡Stan! —llamó ansiosamente.

Ocky volvió la cabeza, miró a la mujer y sonrió.

—Hola, querida —contestó—. Entra y tomaremos una copa juntos, ¿quieres?

Tarquinia se le acercó apresuradamente.

—Tienes que escapar, Stan —dijo, atropellándose al hablar—. El

profesor sabe ya que eres un agente del S.I.E. y va a ordenar que te busquen y te lleven a su presencia.

Ocky enarcó las cejas.

—¿Se lo has dicho tú? —inquirió.

—¿Estaría aquí si eso fuese cierto? No, el capitán Pevvi vino a decir que tú habías asesinado a su antecesor…

—¿Cómo lo ha sabido? —inquirió Ocky.

—Un oficial de la nave, Miller. Investigó hasta encontrar la cinta con las actividades de la nave el día de la muerte de Sylland. En la cinta aparecía la utilización del expulsor de desperdicios. Además, otros detalles… Stan, ¿es cierto que asesinaste al capitán Sylland?

—Me defendí, que no es lo mismo. Él sí quería asesinarme a mí. Luego creí lo más conveniente hacer desaparecer su cuerpo… pero no conté con que la «Katryna T.» es una nave del último modelo y hay una cinta que registra la menor de sus actividades. En fin, eso ya no tiene importancia. ¿Dices que Maledon me busca?

—Sí, y hará que te maten, como hizo con Fallass…

—En cuya muerte, tú tomaste parte importante al autorizarla.

—¡No! —protestó Tarquinia con gran vehemencia—. Maledon tomó la decisión sin consultarme.

—Pero siendo cómplice de Maledon en el plan de eclipsar parte de la Tierra, eres cómplice también de aquella muerte —dijo Ocky con severo acento.

Tarquinia bajó la cabeza.

—Me pongo en tus manos, Stan —dijo.

—Vaya —sonrió él irónicamente—. Tan mansa y tan sumisa ahora, después de que tú y Maledon…

Ella alzó la mano y le abofeteó nuevamente.

—¡Mientes! —gritó—. Jamás ha habido nada entre él y yo, al menos en el sentido que tú quieres dar a nuestras relaciones.

Ocky agarró la muñeca de la joven y la miró con furia.

—No vuelvas a pegarme otra vez —dijo—. Si mis palabras te han ofendido, las retiro, pero no tomes la costumbre de abofetearme cada vez que digo algo que no es de tu agrado, ¿comprendes?

—Está bien, pero suéltame. Y ahora, si quieres salvarte, ven conmigo.

—¿Tratas de conseguir benevolencia de la justicia? —rió Ocky.

—¡Estúpido! Trata tú de entender por qué lo hago. Ahora bien, si sientes deseos de suicidarte…

Ocky saltó del taburete al suelo.

—Conforme —dijo—. Vamos, nena; indícame el refugio donde piensas esconderme hasta que pase la tormenta.

—Ven y te lo indicaré. Tengo un yate espacial, en el cual podemos huir…

—Es una buena noticia, pero antes tenemos que hacer otras cosas. Ya te las explicaré por el camino.

Salieron del local. A lo lejos, un grupo de excitados individuos, todos ellos equipados con escafandras de vacío y provistos de las más diversas herramientas, corrían en busca de una salida al exterior.

—¿Qué les pasa? —preguntó Tarquinia, atónita—. ¿Por qué corren?

Ocky se echó a reír.

—Tienen fiebre —contestó ambiguamente.

* * *

Booney buscó a dos de sus más fieles colaboradores y una vez les hubo impuesto de la misión que debían realizar, añadió una recomendación:

—Ahora mismo iremos a ponemos escafandras de vacío, para no perder tiempo si tenemos que salir al exterior. ¡Andando!

Los tres hombres corrieron al vestuario. Booney se embutió en el incómodo traje espacial y luego, por pura rutina, comprobó el sistema respiratorio.

Por suerte, la visera del casco era de apertura automática.

—¡Me ahogo! —juró, al recibir la primera bocanada de aire—. ¿Qué diablos pasa? ¿Por qué está vacía mi escafandra?

—Los equipos de conservación… —sugirió uno de sus ayudantes.

—Desollaré vivo al inspector —rugió Booney, ebrio de ira, por la pérdida de tiempo que ello significaba—. ¡Comprueben el resto de los trajes de vacío!

Uno de sus acompañantes trajo un manómetro portátil. La prueba resultó de efectos desconsoladores.

—¡Maldición! —juró Booney—. ¡El espía ha vaciado todos los depósitos! Pero todavía quedan más escafandras. ¡Vamos!

Los tres hombres se precipitaron fuera del cuarto y salieron a un corredor que comunicaba con la siguiente cúpula. Lo atravesaron a toda velocidad, pero, de repente, al aparecer en la otra boca del corredor, ocurrió algo insólito.

Una multitud de más de cincuenta hombres enloquecidos, que gritaban y aullaban como fieras y que portaban herramientas de todas clases, atropelló al trío, dejando a sus componentes tendidos en tierra, aturdidos y maltrechos, sin comprender muy bien qué había ocurrido.

Para Booney, aquello no tenía explicación posible. La mayor

ignominia del suceso residía en que en aquel vociferante grupo iban varios de sus hombres.

—Pero ¿qué demonios pasa aquí? —rugió, esforzándose por sentarse en el suelo—. ¿Acaso se han vuelto locos?

Un hombre, que cojeaba ligeramente a causa de una antigua lesión, apareció de pronto, avanzando a ridículos saltitos. En una mano llevaba un pico y en la otra un saquete de recio tejido.

—¡Usted! —rugió Booney, poniéndose en pie—. ¿A dónde diablos va?

El individuo se levantó la visera del casco.

—¡Idiota! ¿Es que no conoce la noticia? ¡Mire por esa lucerna, pedazo de tonto!

Booney y sus tres acompañantes corrieron hacia el mamparo más próximo, en donde había una ventana de gran tamaño.

A través del vidrio y hasta donde alcanzaban sus ojos, contemplaron un espectáculo singular.

Cientos de hombres, esparcidos en un área de varios kilómetros cuadrados, cavaban la tierra con toda suerte de herramientas: picos, taladros eléctricos movidos por baterías de silicio, perforadoras de todas clases… Incluso había quien usaba explosivos.

—¡Rayos! —exclamó Booney, atónito—. ¿Qué… qué buscan esos tipos?

—¡Oro, idiotas, oro! —gritó el cojo, saltando de nuevo hacia el corredor—. El asteroide es toda una inmensa mina de oroooo…

La voz del individuo se alejó rápidamente. Los dos acompañantes de Booney cambiaron una mirada de inteligencia.

—Yo no quiero seguir siendo pobre, pudiendo ser rico —dijo uno de ellos.

—Opino lo mismo que tú, compañero.

Segundos más tarde, Booney se había quedado solo, tirándose literalmente de los cabellos.

* * *

Ocky y Tarquinia llegaron al alojamiento de la joven. Allí, Tarquinia le enseñó los dos trajes de vacío.

—Convendría que nos los pusiéramos antes de salir al exterior —dijo.

—Espera un momento —pidió él.

Tarquinia le contempló con expresión de curiosidad. De pronto, se sintió estrechada por los fuertes brazos del hombre.

Unos labios voraces buscaron los suyos. Tarquinia quiso resistirse

en el primer momento, pero luego se abandonó a la caricia.

Momentos después, sin separarse del todo, puso sus manos sobre los hombros de Ocky.

—Stan, ¿tú crees que éste es el momento adecuado para ciertas efusiones? —preguntó.

—Cualquier momento es bueno para besar a una mujer hermosa —sonrió Ocky.

—Yo creí que me detestabas.

—¿Eres una mujer hermosa o no?

—De modo que sólo por eso me has besado —dijo Tarquinia furiosamente.

—¿Existe alguna otra razón? —contestó él, descolgando su escafandra.

—Sinvergüenza —le apostrofó la joven a media voz—. Me dan ganas de llamar a Maledon.

—Pero no lo harás. Vamos, date prisa y ponte la escafandra.

Ocky tuvo que ayudarla a colocarse el traje de vacío. No obstante, dejaron levantadas las viseras.

—Ven —dijo Tarquinia, al terminar—. Te enseñaré dónde está mi yate…

—Olvídalo, nena —contradijo él—. Tenemos algo más importante que hacer.

Ella le miró asombrada.

—¿Más importante que huir? —preguntó.

—Sí. Lo que más interesa en estos momentos, es encontrar el centro de control orbital del asteroide —declaró Ocky en un tono que no admitía lugar a dudas.

CAPÍTULO XIV

—¿Oro? —exclamó Maledon. Y con cara de pasmo, repitió—: ¡Oro! ¿Está seguro de lo que dice, Booney?

La expresión del esbirro indicaba a las claras la aflicción de que estaba poseído.

—Sí, profesor —contestó con acento gemebundo—. La gente ha enloquecido, nos atropellaron a mis hombres y a mí… Incluso los dos ayudantes que había elegido para la misión de capturar al espía, me abandonaron…

—Entonces, ¿Throgg sigue en libertad?

—Sí, profesor. No he podido encontrarle…

—¡Imbéciles! —masculló Maledon—. Pero, ¿cómo van a encontrar oro en este maldito asteroide, si en las prospecciones geológicas previas no apareció sino en cantidades insignificantes?

—No lo sé, señor —contestó Booney—. El caso es que cuatrocientos hombres se han lanzado afuera y… ¿Por qué no sube a su observatorio?

Maledon aceptó de inmediato la sugerencia de su adlátere. Corrieron hacia una escalera de caracol vecina y subieron a una amplia cúpula, situada a una docena de metros sobre el suelo.

En tiempos, la cúpula había servido para inspeccionar y dirigir los trabajos, sin salir al exterior. Desde su altura, se podía divisar una considerable extensión del asteroide.

Maledon se quedó atónito al ver aquel sector cubierto de hombres que trabajaban afanosamente. A cualquier parte que mirase, había un individuo excavando el suelo, algunos, incluso, con simples cuchillos.

Ya se habían producido algunas peleas y rasgado más de un traje espacial, cuyo ocupante había sufrido una muerte horrible por descompresión instantánea. En distintos puntos, se velan cuerpos tendidos en el suelo, sin que nadie hiciese el menor caso de ellos.

—Esto es obra del espía —rugió Maledon, ebrio de ira—. Hizo correr la voz de que había oro, pero de nada le va a servir. ¡Vamos abajo, Booney!

—Profesor —dijo Booney con acento dubitativo—, ¿está seguro de que no hay oro en el asteroide?

Maledon miró coléricamente al individuo. Luego, sin poder contenerse, le asestó un tremendo puñetazo en la mandíbula.

—¡Salga y compruébelo por usted mismo! —gritó, mientras saltaba por encima del cuerpo del aturdido Booney.

Descendió la escalera a todo correr y buscó el cuarto de

comunicaciones, cuyos operadores lo habían abandonado igualmente. Manipuló en el cuadro de mandos y bajó la tecla de contacto general.

Cuatrocientos receptores de radio recibieron la señal de inmediato. Maledon agarró un micrófono y se lo acercó a los labios.

—¡Atención todos! —dijo—. Habla el profesor Maledon. Vuelvan a sus puestos de trabajo. No hay oro en el asteroide. Todo es un engaño. Vuelvan a sus puestos, repito. ¡No hay oro, no hay oro!

Cuatrocientas gargantas emitieron sus respuestas a la vez: silbidos, gritos de burla, sonoros «búuuus», maullidos, cacareos y hasta insultos a los antepasados del profesor.

Maledon se puso rojo de ira.

Su mano se crispó sobre el micrófono. Pero no tuvo tiempo de añadir nada.

Una sorda vibración se percibió en el suelo. Los cristales vibraron tenuemente.

Maledon se enderezó.

Volvió la cabeza. A trescientos metros de distancia había uno de los tubos propulsores.

La tobera de escape despidió unas vacilantes llamitas rojas. Luego, el resplandor se intensificó con aparente lentitud, pero, segundos más tarde, las llamas rojas se habían convertido en un enorme penacho de fuego blanco que alcanzaba a más de cuatrocientos metros de distancia.

Diecinueve tubos más iniciaron la ignición en el mismo instante. Maledon sintió que se le ponían los pelos de punta.

—¡Estamos acelerando! —gritó, sin darse cuenta de que sus palabras eran escuchadas por cuatrocientos pares de orejas.

* * *

Tarquinia se detuvo ante una puerta blindada y dijo:

—¡Aquí es, Stan!

Ocky tanteó la puerta.

—Está cerrada —dijo.

Tarquinia se acercó al marco y apretó con las yemas de los cinco dedos de su mano derecha al mismo tiempo y en un lugar determinado. La puerta se descorrió silenciosamente.

—Una bonita cerradura —aprobó él.

Entraron en un cubículo de dos metros de lado por otro tanto de altura.

—Parece un ascensor—comentó Ocky.

—Es un ascensor.

Tarquinia apretó un botón y el aparato inició un veloz descenso, que concluyó varios minutos más tarde.

—¿Profundidad? —inquirió él.

—Dos mil quinientos metros.

—Es para silbar, vamos.

La puerta del ascensor se abrió. Ocky vio ante sí un corredor de sección semicilíndrica, brillantemente iluminado, terminado a unos cien metros en una amplia glorieta circular.

—Ven —dijo Tarquinia.

Echaron a correr. Al llegar a la glorieta Ocky divisó en uno de sus lados un gigantesco tubo metálico que se hundía en las profundidades de la tierra.

—Abajo, a mil metros, están las excavadoras automáticas que suministran materia a los generadores másicos de fuerza total. Las rocas, pulverizadas en estado molecular, suben por este tubo hasta los hornos donde son consumidas hasta el último grano de la energía de su masa, produciendo así incalculables toneladas de potencia —explicó la joven.

—Y hay veinte más como este aparato —dijo Ocky.

—Diecinueve —corrigió Tarquinia.

—Bueno, quise decir veinte en total. ¿El control central?

—Sígueme.

Corrieron de nuevo. Minutos después, Tarquinia se detenía ante otra puerta de metal.

La puerta se abría por el mismo procedimiento que la anterior. Ella, al cruzar el umbral, dijo:

—Estamos en el centro geográfico del sistema de propulsión. Por dicha razón se instaló aquí.

—¿Y por qué, a dos mil quinientos metros precisamente?

—Ello evita trepidaciones en los mecanismos. A veces, no muchas, se producen impactos de meteoritos, aparte de que siempre se trabaja.

—Comprendo.

Ocky se acercó a un gran panel inclinado, adosado a uno de los muros. Estudió un momento los instrumentos y luego se volvió hacia la joven.

—Tarquinia.

—Dime, Stan.

—¿Conoces tú el manejo del control central?

—Se lo he visto operar al profesor.

Ocky señaló una fila de teclas verdes.

—Supongo que serán el sistema de ignición de cada tubo —dijo.

—Sí —confirmó ella.

Encima había una llave de T.

—Primero, tienes que apretar todas las teclas —dijo Tarquinia—. Luego haz girar la llave un cuarto de vuelta. Todos los sistemas de ignición prenderán de inmediato. Si quieres efectuar alguna corrección de rumbo, bastará con que, estando los mecanismos en paro, pulses solamente las teclas de los tubos que quieras hacer funcionar.

—Comprendo.

—Ahí tienes el reloj de tiempos. Puedes poner el sistema para apagarlo manualmente o bien por control automático.

—¿Hay bloqueo una vez encendidos todos los tubos?

—No. Se paran simplemente, una vez encendidos, aisladamente, por sectores o en globo. Por supuesto, puede graduarse la intensidad de la potencia de eyección en todos los tubos o en cada uno de ellos.

Ocky reflexionó unos momentos, mientras contemplaba el cuadro de mandos, que más parecía un piano.

Sobre cada tecla había una esfera graduada, cuyas indicaciones iban de cero a máximo. Ocky comprendió que los distintos grados de cada esfera señalaban las cantidades de potencia que podían aplicarse al tubo correspondiente.

Sus manos volaron raudas sobre el tablero. Veinte agujas indicadoras apuntaron a máximo.

Luego, veinte teclas fueron bajadas. Finalmente, Ocky dio media vuelta a la llave.

Veinte lámparas piloto, de color verde, se encendieron inmediatamente. Pasaron algunos segundos.

Un profundo trueno se percibió en las entrañas de la tierra. De repente, Ocky y Tarquinia sintieron una ligera sacudida.

—Los tubos de propulsión funcionan —exclamó ella.

—¿No tenéis reinversión de acción propulsora?

—Por supuesto. Los mandos están también en el panel.

Ocky levantó la tapa del panel de los controles de reinversión. Sus manos se movieron febrilmente, arrancando cables a puñados.

—¿Por qué haces eso? —preguntó Tarquinia.

—Hemos acelerado el asteroide, pero no nos interesa que lo detengan.

—¡Se estrellará contra la Tierra! —dijo ella, espantada.

Ocky sonrió.

—¿No habíamos quedado en que se detendría a unos cuarenta y ocho mil kilómetros de distancia y que se mantendría fijo en el mismo punto? De esta forma, visto desde la Tierra, tendrá el mismo diámetro aparente que la Luna y eclipsará al Sol, ¿no es cierto?

—Sí, claro…

—Pero el eclipse no durará sino unas pocas horas. Luego, el asteroide continuará su viaje sideral hasta…

—¿Hasta cuándo?

—El Sol lo atraerá en su campo gravitatorio y acabará por arder en él. Será menos que una mota de polvo en las llamas de un buen fuego en el hogar de casa.

—¿Y nosotros? —preguntó Tarquinia, no muy dueña de su calma.

Ocky sonrió. Iba a decir algo, cuando, de repente, se apagaron todas las luces del tablero.

El ruido de trepidación dejó de sentirse inmediatamente.

Tarquinia lanzó un agudo grito:

—¡Han cortado el aflujo de energía desde la central eléctrica y han parado todos los propulsores!

CAPÍTULO XV

Las luces oscilaron.

—¡Enciende la lámpara de tu casco! —gritó Ocky.

Tarquinia obedeció. Ocky sacó algo de uno de los bolsillos de su traje espacial y lo situó sobre el tablero de mandos.

La oscuridad crecía por momentos. Ocky agarró a la joven por un brazo.

—¡A correr!

Salieron de la cámara de control. Tarquinia, a petición de Ocky, cerró la puerta.

Diez segundos más tarde, se oyó una fenomenal explosión al otro lado.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Tarquinia, alarmada.

Sólo las lámparas de sus cascos daban luz. Ocky se echó a reír.

—Una bomba de tiempo —contestó—. El cuadro de mandos ha quedado pulverizado.

—Costará mucho reconstruirlo —dijo ella.

—La frase correcta sería: «No podrán construir otro cuadro de mandos», querida.

—Pero… ¿por qué?

—¿Es que no lo comprendes? Anda, vamos, tenemos que buscar el ascensor.

Tarquinia le guió por las profundidades hasta el ascensor, que en pocos minutos les devolvió de nuevo a la superficie.

La puerta se abrió. Entonces, Ocky y Tarquinia se encontraron frente por frente a Maledon y a Booney.

Y a dos pistolas radiantes que les apuntaban al cuerpo.

—¡Traidora! —rugió Maledon, loco de ira.

La joven irguió el busto.

—La culpa es tuya, Karl —contestó—. Yo puse mi fortuna incondicionalmente para tu empresa, pero jamás pensé que llegaras al asesinato.

—De modo que todo viene de aquel maldito Fallass… —dijo Maledon.

—Y de mí, profesor —dijo Ocky suavemente.

Maledon arqueó las cejas.

—No me diga que la ha enamorado en unos pocos días —rezongó —. Yo he luchado cuatro años y he perdido el tiempo, en ese sentido, claro.

—Y en todos, profesor. Pero Tarquinia y yo nos conocimos hace

más tiempo. Incluso estuvimos prometidos.

—Ya —dijo Maledon rabiosamente—. Y esa tonta ha vuelto a caer de nuevo en sus redes amorosas.

—Así es, Karl —confirmó Tarquinia sin inmutarse—. Y si quieres matarnos, ya puedes empezar a apretar el gatillo de tu pistola.

—Lo haré, claro que lo haré. En cuanto a usted, señor agente del S.I.E., ha perdido el tiempo lastimosamente…

—¿De veras? —dijo Ocky con tranquilo acento—. Si no tuviese puestos los guantes de mi traje espacial, me miraría las uñas con gesto indiferente. Usted ha parado los propulsores, es cierto, pero el asteroide ha adquirido un nuevo impulso durante los escasos minutos que han funcionado.

—Usaré los sistemas de reinversión.

—Cuando baje, se encontrará destrozado el control central. Si puede reconstruirlo, cosa que dudo, le costará días y días y, para entonces, el asteroide estará ya viajando hacia el Sol, habiendo pasado de largo por la Tierra, naturalmente.

Maledon se quedó atónito.

—¿Es cierto eso, Tarquinia?

—Sí —replicó ella.

El profesor cerró los ojos un instante.

—Han destruido mi obra… —murmuró.

—¿Qué iba a ganar usted con eclipsar perpetuamente o, al menos, durante mucho tiempo, una vasta extensión de la Tierra?

—¿Qué iba a ganar? —gritó Maledon con voz de demente—. ¡Se lo diré, Throgg, o como diablos se llame! Ese eclipse iba a demostrar a muchos incrédulos que es posible arrancar un cuerpo celeste de su órbita y situarlo en el punto del espacio que se desee. Imagínese, traer a Marte más cerca del Sol y trazarle otra órbita y proporcionarle mejores condiciones de habitabilidad…

Ocky enarcó las cejas.

—¿Sólo por eso lo hacía? —preguntó.

—¿Le parece poco? Habría conseguido fondos suficientes para construir los propulsores necesarios que hubiesen movido a Marte. Y mi nombre habría sido alabado durante generaciones enteras, cientos, miles de años, y el de Tarquinia, como el de mi femenino Mecenas…

Ocky se quedó pasmado.

Maledon estaba poseído por una idea fija. Razonaba en las cosas normales, pero en lo que se refería a sus planes, la obsesión más absoluta se adueñaba de su cerebro.

—La vida de un hombre no merece ser sacrificada a una ambición personal —dijo lentamente.

—Fallass era un obstáculo en mi camino y lo aplasté, como le aplastaré a usted… ¡ahora mismo!

El suelo tembló de repente. Booney lanzó un agudo grito de terror.

A lo lejos se veían volar enormes trozos de la estructura de la «Katryna T.». La nave había saltado en mil pedazos.

—¡La máscara, Tarquinia! —aulló Ocky.

Los dos jóvenes bajaron a un tiempo las máscaras de sus cascos. Aterrado Booney intentó huir.

Ocky saltó hacia adelante y golpeó con el pie la pistola de Maledon, haciéndola volar por los aires. En el mismo instante, un enorme fragmento de metal cayó revoloteando sobre la cúpula y abrió una larga grieta, por la que se escapó el aire instantáneamente.

Ocky sujetó a Tarquinia. El aire que se escapaba les arrastraba en su rápida fuga.

Maledon, cuyo cuerpo había estallado literalmente, ascendió hasta la grieta y salió al espacio, envuelto en una nube de vapor blanquecino. Booney había quedado pegado a la pared interior y aparecía con los brazos y piernas abiertas en trágica aspa.

El suelo del asteroide se veía cubierto de cuerpos destrozados por el estallido. De la «Katryna T.» no quedaban sino unos restos que apenas recordaban a la magnífica nave que había sido hasta pocas semanas antes.

* * *

—Alguien perdió la cabeza e intentó huir en la «Katryna T.», temiendo, al ver la deflagración de los tubos al máximo, que se produjese una catástrofe. Pero debía de ser un sujeto inexperto y aceleró total e instantáneamente…

—Y se produjo la explosión —dije yo.

—Sí, almirante —me contestó N-401—. Por cierto, el asteroide pasará por el punto prefijado dentro de pocas horas.

—Haré que envíen equipos de expertos para ver si es posible detenerlo antes de que entre en trayectoria solar —dije.

—Y también para traer a todos los supervivientes —pidió Ocky—. Nosotros vinimos antes, gracias al yate espacial de la señorita Kollimer.

Miré a Tarquinia, presente en la entrevista. La joven callaba, abrumada por su sentimiento de culpabilidad.

—Ocky, la señorita Kollimer debe ser castigada —dije.

—Sí, señor —contestó N-401.

—Usted se ocupará del castigo, Ocky.

—Sí, señor. Vamos, Tarquinia.

La pareja se dispuso a salir.

—Ocky —llamé yo de pronto.

—Diga, almirante.

—El oro… ¿Cómo lo hizo usted?

Ocky me guiñó un ojo.

—Lo «sembré», almirante. El viejo sistema de una escopeta cargada con polvo de oro en lugar de perdigones. Usé una pistola antigua, pero el resultado fue el mismo.

—¿De dónde diablos sacó el oro, Ocky? —pregunté, extrañado.

—Mi reloj… un anillo que me regaló cierta joven en tiempos…

Tarquinia se puso colorada.

—Comprendo —dije—. Sea severo con ella, Ocky.

—Lo seré, almirante —me prometió N-401.

En la puerta les oí disputar.

—Pero yo no quiero casarme contigo. Estoy arruinada, Stan; todo mi dinero se lo llevó esa disparatada empresa…

—Es lo único bueno que hizo Maledon, arruinarte. Ahora aprenderás a vivir con el modesto sueldo de un agente del S.I.E.

—Eso ocurriría si accediera a casarme contigo, Ocky. Pero ya te he dicho que…

N-401 se cansó. Alzó la mano y la bajó con fuerza, palmeando el carnoso final de espalda de la bella Tarquinia.

—¡Ay! —gritó ella.

—¡Andando, a la iglesia! —ordenó él con acento lleno de severidad.

—Stan, tienes una forma de mandar las cosas…

Yo sonreí mientras se cerraba la puerta de mi despacho.

No había la menor duda: aquel mismo día Tarquinia acabaría convertida en la señora Ocky.

FIN